



CRISIS POLÍTICA

Necesidad de una teoría alternativa

Antonio Antón Morón
Departamento de Sociología
Universidad Autónoma de Madrid

Título: CRISIS POLÍTICA. Necesidad de una teoría alternativa

Autor: Antonio Antón Morón

Página web: <http://www.uam.es/antonio.anton>

Profesor honorario de la Universidad Autónoma de Madrid (UAM) - Departamento de Sociología. Licenciado en Sociología y Ciencias políticas por la UNED. Doctor en Sociología por la Universidad Complutense de Madrid (sobresaliente *cum laude*). Es especialista en Políticas públicas y Estado de bienestar, Movimientos sociales, acción colectiva y cambio social, Sociología del Trabajo y Sociología de la Educación. Colabora con distintos medios de comunicación y ha publicado numerosos artículos y más de una quincena de libros. Entre los últimos están: *Reestructuración del Estado de bienestar* (2009), *Resistencias frente a la crisis. De la huelga general del 29-S al movimiento 15-M* (2011); *Ciudadanía activa. Opciones sociopolíticas frente a la crisis sistémica* (2013); *Poder, protesta social y cambio institucional* (2015); *Movimiento popular y cambio político. Nuevos discursos* (2015), y *La democracia social hoy. Un nuevo ciclo sociopolítico por la democracia y la igualdad* (2016).

Editado por Rebelión

Madrid, diciembre de 2016

Índice

0. Introducción

1. La lucha política y de poder en el PSOE

- Guerra de poder en el PSOE
- La pugna política en el Partido socialista
- Origen del enfrentamiento
- Causas del declive del Partido socialista
- Inconsistencia del plan de Sánchez
- Inexistencia de un proyecto socialista diferenciado
- Incoherencia e irrealidad de un Gobierno tripartito

2. Grietas del Régimen y perspectivas

- El Partido Socialista sin proyecto autónomo
- Nuevos retos y oportunidades para el cambio

3. Límites de la teoría populista

- La ambigüedad ideológica del populismo
- La mezcla de espontaneísmo y constructivismo no es suficiente
- Populismo de 'izquierda' y 'radicalización democrática', complementos 'sustantivos' pero insuficientes

4. Republicanismo populista y teoría alternativa

- Desafíos para una teoría alternativa
- El debate sobre el republicanismo populista
- Republicanismo y transformación del poder
- Carácter ambivalente del Estado y estrategia de cambio
- A vueltas con el sujeto (clase o pueblo)

0. Introducción¹

Existe en España una fuerte y persistente crisis política. Es una faceta de la crisis sistémica, más general, en la que se entrelazan las crisis social, económica, institucional, de integración nacional y europea. Además, están acompañadas por la problemática ecológica y de la sostenibilidad medioambiental y las dificultades para una sociedad cohesionada, igualitaria e intercultural. La crisis política no llega a ser una crisis del Estado y su capacidad de dominio. No hay un hundimiento del Régimen; no hay una crisis orgánica del poder o revolucionaria, con mayoritarias fuerzas transformadoras. Los de arriba siguen mandando y los de abajo no pueden imponer una ruptura política. Pero, frente a la idea de la inevitabilidad del poder liberal conservador y su gestión regresiva y autoritaria, existen dinámicas sociopolíticas y culturales de cambio. Frente a la resignación o la frustración ciudadana persisten energías sociales y expectativas de cambio.

Por tanto, sí hay una crisis del sistema político como dificultad de las élites dominantes y su entramado institucional para mantener la hegemonía político-cultural o la legitimidad completa de la ciudadanía. Es, sobre todo, un cuestionamiento cívico del sistema de representación política, de la clase política gobernante, por su gestión autoritaria y regresiva, con la emergencia de nuevos actores sociales y políticos, reafirmados en la democracia y la justicia social, y una recomposición de los equilibrios entre las fuerzas políticas progresistas (y parcialmente de la derecha), con mayor peso entre ellas de la dinámica de cambio real y sustantivo.

A pesar del remozado dominio gubernamental de las derechas, persisten grietas profundas para la estabilidad del sistema político. No hay suficiente apoyo popular hacia las estrategias continuistas y existen posibilidades de cambio social, político e institucional, con

¹ Distintos fragmentos de este texto han sido publicados en varios medios de comunicación, entre ellos *Rebelión*. El capítulo tres, *Límites de la teoría populista*, es una parte de la Comunicación presentada al **XII Congreso Español de Sociología** (Gijón, 30 de junio y 1 y 2 de julio de 2016).

una dinámica y orientación de progreso, es decir, con un sentido democrático e igualitario.

Uno de los factores más significativos de la nueva etapa es la situación de la socialdemocracia, particularmente en España, que está atravesando una profunda crisis. Su continuado declive político y electoral, de momento, no tiene respuestas creíbles que aventuren su renovación y recomposición. Deriva del incumplimiento de sus compromisos sociales, democráticos y políticos respecto de su electorado y la ciudadanía, por su giro socioliberal y su corresponsabilidad en la aplicación gubernamental de la estrategia de austeridad, dominante en la Unión Europea por el consenso liberal-conservador-socialdemócrata.

Por otra parte, desde el año 2010 y, especialmente, con el movimiento 15-M y las distintas mareas ciudadanas y movilizaciones sociales se ha configurado un amplio movimiento ciudadano en España. Es la respuesta popular al deterioro de la situación socioeconómica para la mayoría de la sociedad, provocada por el sistema económico y financiero, y agravada por una gestión política regresiva y con déficit democrático. Ambas dinámicas e instituciones han sido consideradas injustas por la mayoría de la sociedad, que se ha reafirmado en una cultura cívica democrática y de justicia social.

Esa polarización sociopolítica entre el poder establecido y una ciudadanía activa y crítica, ha supuesto una prolongada, compleja y variada pugna social, política y cultural. Esa experiencia popular, principalmente de la gente joven, ha permitido conformar un campo político y electoral indignado, con una cultura progresista en lo socioeconómico y democrática en lo político institucional, diferenciado de la vieja socialdemocracia. Se ha desarrollado por la existencia de distintos agentes sociopolíticos progresistas, bajo los valores de la democracia y la igualdad o justicia social. Y se ha consolidado una significativa representación electoral e institucional, en torno a Unidos Podemos y sus aliados, confluencias y candidaturas municipalistas.

El conflicto se produce entre la tendencia hacia el cambio sustantivo o real, de las políticas públicas y el sistema político, y el continuismo institucional, socioeconómico y de las relaciones de poder y desigualdad (social, de género, étnicas, territoriales...), con dinámicas intermedias, bloqueos y equilibrios inestables. No obstante, el llamado cambio 'sensato' de Ciudadanos y el cambio 'seguro' del PSOE, se han transformado en un aval a la investidura del Rajoy y el continuismo de la gobernabilidad del PP, aunque con tensiones sociopolíticas y fragilidad institucional.

Tras el inicial ciclo de protesta social (2010-2013), frente a las medidas antisociales y autoritarias de la clase gobernante, y la prolongada etapa electoral (2014-2016), con la expresión de un amplio electorado indignado y progresista, especialmente joven, así como con un reequilibrio de la representación institucional y política, comienza otra fase. Persisten graves problemas socioeconómicos para la mayoría social y un bloqueo institucional continuista. Pero han cambiado el campo de las fuerzas progresistas y el marco para las estrategias de cambio social y político. Sobre todo ello he realizado una amplia investigación (ver los libros en la referencia inicial).

En este texto voy a actualizar este diagnóstico y profundizar en dos aspectos complementarios fundamentales. Uno es de tipo analítico y político: la crisis del Partido Socialista y la persistencia y características de las grietas del Régimen; otro, de carácter teórico: los límites de la razón populista, en particular el republicanismo populista, y los desafíos para un pensamiento alternativo. Los dos aspectos están interrelacionados. Por un lado, la crisis política afecta, especialmente, al papel, la estrategia y el discurso socialdemócrata. Así, explico sus dificultades para desarrollar un proyecto autónomo de las derechas. Por otro lado, dada la dimensión y características de las dinámicas de cambio progresista en España, el relativo bloqueo institucional actual, dentro del marco europeo, y la necesidad de consolidar las fuerzas transformadoras, es más imperiosa la necesidad de avanzar en un enfoque social y crítico que favorezca el

CRISIS POLÍTICA. Necesidad de una teoría alternativa

proceso de cambio. Así, señalo los límites de la teoría populista y las dificultades y retos para desarrollar una teoría alternativa.

1. La lucha política y de poder en el PSOE

El Partido Socialista está pasando por una grave crisis. Vamos a tratar diferentes aspectos que la explican: La actual guerra de poder, la pugna política interna y su origen, las causas de su declive, la inconsistencia del plan de Sánchez, la inexistencia de un proyecto socialista autónomo y la incoherencia e irrealidad de un Gobierno tripartito.

Guerra de poder en el PSOE

La guerra de poder, largamente larvada, ha estallado en el PSOE. Su mayor escenificación se produjo el pasado sábado, 1 de octubre, con la defenestración de Pedro Sánchez y su equipo de la Ejecutiva Federal y el nombramiento de una Comisión gestora dominada por los barones rebeldes (7 a 3). El gran espectáculo montado, como dicen algunos de sus dirigentes, ha sido bochornoso, lleno de virulencia, sectarismo, manipulación y métodos antidemocráticos. El destrozo a la credibilidad política, ética y democrática de la dirección socialista es innegable. La llamada posterior a la pacificación y la unidad conlleva la exigencia de los vencedores de subordinación de los vencidos.

La mayoría del Comité Federal, por escaso margen (132 frente a 107), ha rechazado el plan de Sánchez, que pretendía ensanchar su poder, y ha forzado su dimisión y la de la mitad de la Ejecutiva Federal que le apoyaba. Y ha nombrado una nueva dirección provisional, la Comisión gestora, bajo la presidencia del barón asturiano Javier Fernández, que toma el control. Ha cambiado el equilibrio de poder en la dirección. Pero la guerra está lejos de terminar. Se avecina otra batalla decisiva e inminente para completar el golpe de mano: el abandono del NO a la investidura de Rajoy y el cambio hacia una abstención negociada. La lucha de poder se

combina con la reorientación política: facilitar (o no) la gobernabilidad del PP.

Se han configurado dos bloques ('bandos', según Pedro Sánchez) con un nivel de descalificación mutua y virulencia, nunca visto. La brecha en la dirección se está extendiendo rápidamente al conjunto de la militancia. La pugna de legitimidades es abierta y dura. Cada campo utiliza todo tipo de recursos organizativos, estatutarios o retóricos para sacar ventaja en la definición de la realidad y los objetivos propios y los del otro.

El carácter cruento, sectario y demagógico de la pugna expresa los intereses contrapuestos de los dos grupos dirigentes, aparte de la escasa cultura democrática de ambos. No ha habido debate político, solo descalificaciones. A lo máximo, simplificación para desacreditar al contrario y forzar lealtades. Unos serían subalternos de la derecha (se acerca a la realidad), otros de Podemos (mucho más incierto). Es el 'otro' el que no defendería los intereses del PSOE ni los de España, aunque no quede claro cuáles serían. El problema, según el Presidente de la Comisión gestora, es la 'podemización' del PSOE. El grupo 'crítico' (desde Felipe González, Alfredo P. Rubalcaba y José Luis R. Zapatero hasta Susana Díaz y la mayoría de barones territoriales) es el que está más imbricado con el poder económico, institucional y mediático. Hace alarde de la responsabilidad de Estado, mientras se supone que la mayoría de la militancia está con Sánchez (y gran parte va mucho más allá) por lo que quería consultarla y hacer un Congreso inmediato, cuestiones rechazadas por la mayoría del Comité Federal.

La perplejidad de su base social y la ciudadanía es total. Las expectativas anteriores de ascenso electoral, a costa de Unidos Podemos (y Ciudadanos), derivado del plan inicial de Sánchez, han quedado destruidas, precisamente, por la revuelta del nuevo grupo dirigente y el espectáculo ofrecido por ambos. Pero, para los estrategias del golpe, como 'no va a haber elecciones', este sacrificio y división del PSOE en favor del PP merecería la pena: primero la

gobernabilidad (de la derecha), luego la recuperación del prestigio perdido. Craso error. Ya no existe el bipartidismo y el descontento de su electorado puede terminar (a pesar de la línea más sectaria que se avecina) en otra opción: Unidos Podemos y aliados.

La comisión gestora se prepara para liquidar la opción del NO y avalar la continuidad de Rajoy y el PP. Pero el desgaste de su credibilidad y su capacidad opositora también están asegurados. Todos pierden: el PSOE y cada uno de los dos bandos; también la oportunidad de cambio gubernamental a corto plazo. Y gana la derecha. Triste resultado.

Pero hay que elevar la mirada. Para comprender el significado de esta crisis, su evolución y sus implicaciones políticas hay que analizar sus causas de fondo, las características de cada uno de los dos bandos y sus objetivos.

Existen diferencias políticas. Básicamente, la rotundidad del NO a la investidura de Rajoy y el Gobierno del PP, con la opción de ir a nuevas elecciones generales, o bien, evitarlas permitiendo (junto con Ciudadanos) un Gobierno del PP con Rajoy de Presidente. La conclusión del golpe orgánico sería garantizar el aval socialista necesario para la 'gobernabilidad' de las derechas. El efecto: mayor legitimación a su trayectoria regresiva y autoritaria del pasado y el futuro y mayores dificultades para el cambio y el bienestar de la gente. Pero sobre ello no se ha decidido nada formalmente. Persiste la resolución del Comité Federal de diciembre pasado, reafirmada en julio del NO al PP (y del NO a un gobierno alternativo con Unidos Podemos y el apoyo nacionalista). Es la batalla del próximo Comité Federal (el 15 o el 22 de octubre, dado el calendario institucional para evitar la convocatoria de nuevas elecciones generales).

Existe el consenso retórico sobre un supuesto proyecto socialista 'autónomo y ganador'. Pero es frágil, porque ninguno de las dos partes define en qué consiste, ni tiene una propuesta realista de cómo conseguirlo. Falta un discurso común que permita cierta integración y defina objetivos compartidos. Pero el giro socioliberal de

la socialdemocracia lo imposibilita. Sánchez no es Corbyn. Quiso ser Renzi. Ha tenido el valor de enfrentarse al establishment, pero se ha quedado a mitad de camino, no se ha atrevido con el siguiente paso: una alianza seria con Unidos Podemos y convergencias para transformar España y fortalecer al propio Partido socialista. Ha quedado en tierra de nadie, sin fuerza institucional ni apoyo social suficiente. Ese objetivo genérico, para animar el corporativismo de partido, es más bien una fórmula vacía cuyo contenido puede tener elementos comunes y antagónicos entre los dos bandos. Sin discurso coherente o proyecto diferenciado del poder liberal conservador, el antagonismo interno se da, sobre todo, en quién lo debe liderar.

El origen del enfrentamiento interno en el PSOE se encuentra en la incapacidad y la división de su aparato dirigente para responder al continuado declive político y electoral. Éste está derivado, principalmente, de la estrategia equivocada de su dirección que ha incumplido sus compromisos sociales y democráticos con su base social progresista y la ciudadanía. Ante la creciente incompatibilidad entre los poderosos, con sus políticas regresivas, y los intereses y demandas populares, basadas en la justicia social y la democracia, la dirección socialista se han inclinado por los primeros, sin reconocer la realidad de su distanciamiento con los segundos.

La añoranza y los intereses del pasado bipartidista y su instalación como grupo de poder institucional, no les dejan adaptarse al nuevo equilibrio representativo. Su objetivo es volver al anterior sistema *turnista*, ya periclitado, sin un trato en el mismo plano de igualdad con las nuevas fuerzas progresistas estructuradas por Unidos Podemos y las convergencias y con similar representatividad ciudadana. Todo ello termina por afectar a la calidad ética, cultural y democrática de su aparato dirigente e incrementa la brecha de descontento con su propia gente afiliada.

La pugna política en el Partido socialista

Entre los aspectos que comparte la dirección socialista están el continuismo estratégico (socioeconómico, institucional y territorial) y su oposición a un cambio sustantivo. Igualmente, una posición común es la contención de la presión cívica y el cerco sobre Unidos Podemos y aliados para cerrar la dinámica del cambio real, debilitar su consolidada representación política y volver a un bipartidismo imperfecto y renovado con la prevalencia socialista. Hay matices entre los dos grupos dirigentes y, especialmente, entre la mayoría de la base afiliada socialista, bien intencionada en el mantenimiento de buenas relaciones y acuerdos con Unidos Podemos y convergencias y que Sánchez tampoco representa. Pero, tal como se ha demostrado en estos meses, ambos grupos, con matices, solo veían el posible diálogo con Unidos Podemos y convergencias (y las fuerzas nacionalistas) de forma instrumental y prepotente. El equilibrio se traslada hacia la derecha (C's), con la exigencia de subordinación y el chantaje hacia Unidos Podemos. Las palabras referidas a su hipótesis de Gobierno, como 'alternativo', de 'progreso' o de 'izquierdas', además de absorber expresiones de las fuerzas del cambio resignifica de forma distinta el contenido fundamental de la propuesta (el cambio real y la gestión compartida) de Unidos Podemos. Pretenden dejarle sin discurso propio y confundir a su base social.

En realidad la retórica de Sánchez de confrontación con la derecha (el NO a Rajoy) destaca el deseo de recambio de élite gobernante, lo cual es positivo, pero también esconde el continuismo estratégico de su proyecto y su oposición al cambio sustantivo. E igualmente, la propuesta de gobierno alternativo (de apoyo tripartito con C's), configura una apuesta institucional mejor (o menos mala) que la del PP, pero oscurece su negativa a una relación igualitaria con Unidos Podemos y sus aliados y a compartir con ellos el grueso del proyecto y la gestión, incluso simbólicamente, con su consiguiente subordinación y división.

Así, el grupo de Sánchez insiste en lo mismo que la legislatura pasada, un pacto tripartito con hegemonía socialista, prevalencia de

Ciudadanos y subordinación de Unidos Podemos, con un proyecto socioeconómico, institucional y territorial continuista. El acuerdo PSOE-C's no estaba destinado a alcanzar el Gobierno, buscaba neutralizar la posibilidad de un Gobierno de progreso con Unidos Podemos (y aliados) y conseguir otros resultados positivos para ellos: cohesionar a su electorado con una prevalencia socialista y desacreditar a Unidos Podemos y convergencias, contribuyendo (junto con la campaña del miedo de la derecha y los poderes fácticos y mediáticos) al desapego abstencionista de una pequeña parte de su electorado, pendiente de recuperar. Lo consiguió parcialmente (bajo el silencio de los barones), solo que no evitó sino que favoreció el avance de la derecha, no amplió su electorado y el pequeño descenso de las fuerzas del cambio fue a la abstención. Es otro fracaso que ahora le vuelven a recordar sus barones. Esa estrategia de diferenciación retórica con la derecha y aislamiento de las fuerzas del cambio no produjo los resultados deseados.

Esa propuesta difusa del gobierno tripartito, ahora ya no tenía ninguna credibilidad, empezando por la oposición de A. Rivera. En todo caso, la opción principal de Sánchez era presentarse a las nuevas elecciones generales con esa retórica y un programa ambiguo, y tras el supuesto incremento de su distancia respecto de Unidos Podemos (y Ciudadanos) volver sobre su investidura posteriormente. Quizá con una posición más flexible y equilibrada que en la legislatura pasada, pero dentro del mismo marco de continuismo (renovado) y completa hegemonía socialista. Pero los ecos portugueses no se adecuan a la realidad española de paridad representativa, necesidad de una democratización profunda, firmeza contra la austeridad y los recortes y la articulación de la plurinacionalidad.

Es posible, ahora o dentro de un año, un programa de Gobierno intermedio y una gestión unitaria y compartida, entre PSOE y Unidos Podemos y convergencias, abierto a los nacionalistas (incluso, en algunos aspectos, a Ciudadanos). Es una solución progresista a la

española, pero que choca con el giro derechista del acuerdo con Ciudadanos. Y ese reequilibrio en las prioridades de su orientación y sus alianzas, Sánchez no se ha atrevido a darlo. Es una expresión de su inconsistencia y su debilidad. Y es dudoso que sea su bandera efectiva para ganar el próximo Congreso y acceder de nuevo, en las próximas primarias, a la Secretaría General. La conspiración del poder establecido, interno y externo, para su defenestración se convierte, desde ya, en ofensiva sistemática, política y organizativa, para impedirlo.

Al grupo de Sánchez solo le cabe la ampliación de la participación de su militancia, el desarrollo de una corriente de izquierdas o auténticamente progresista y la derrota de la comisión gestora en el Congreso; o rendirse. Las espadas, en el mejor de los casos, están levantadas. Pero la solución está fuera de la estructura del PSOE. Es el incremento de la oposición social y política y el fortalecimiento de Unidos Podemos el que puede generar una mayor deslegitimación del continuismo de la derecha y provocar nuevas condiciones para el cuestionamiento del Gobierno del PP y sus políticas y forzar un auténtico Gobierno de progreso. También es una oportunidad para un nuevo PSOE, renovado, democrático y auténticamente progresista y sensible a la plurinacionalidad. Lo contrario es refugiarse en lo viejo, en la gente envejecida, rural y conservadora (mientras las capas acomodadas viran hacia la derecha), en su alianza con los poderosos para los que cada vez les es menos útil y lo necesitan menos. Una (PSOE) de las dos patas fundamentales del Régimen del 78 está en crisis; la otra (PP), ampliamente deslegitimada. Continúan las oportunidades del nuevo ciclo del cambio en España

Ante esta perspectiva de 'ingobernabilidad' de la derecha, el poder establecido, aparte de la prórroga de la provisionalidad institucional, no podía arriesgarse. Es el último desencadenante del golpe. La peladilla ofrecida por Sánchez a los poderes fácticos de la recomposición del bipartidismo, la neutralización del cambio

sustantivo y la asimilación (o división) de Unidos Podemos no compensaba la incertidumbre de su relativa autonomía y el inicio de un camino inexplorado. Al decir de Susana Díaz, no hay que repetir la operación por tercera vez: hay que renunciar a un (hipotético) Gobierno alternativo ('85 diputados no dan para gobernar'). Se obvia la posibilidad de sumar el resto de posibles apoyos, eso sí reconociendo cierta paridad y equilibrio programático y gestor con Unidos Podemos (frente a un alicaído Ciudadanos), que es lo que molesta. Por tanto, en el PSOE se impone otra táctica, más conciliadora hacia el PP y más dura contra las fuerzas reales del cambio. Pero esto último ya lo han probado las derechas y ambos grupos dirigentes socialistas... y han fracasado. Bloquean el cambio institucional a corto plazo, pero no detienen el rechazo popular a sus políticas.

A lo lejos, pero encima, los ojos del poder liberal conservador (y socialdemócrata) europeo, para impedir un factor progresista de oposición a su estrategia en la Europa del Sur que condicione su gestión regresiva y autoritaria con efectos disgregadores. Dejar gobernar al PP debilita el avance progresivo en Europa: derrotar los planes de austeridad (flexible), impulsar la reforma democrática y solidaria de las instituciones comunitarias, modernizar el aparato económico y productivo, afianzar los acuerdos con las fuerzas progresistas, particularmente del sur, y construir una Europa más justa, democrática e integradora. No obstante, de ello no se habla en el PSOE (ni en la sociedad); solo existe la versión continuista de la derecha: estabilidad económica al dictado del poder financiero, subordinación del país a una UE autoritaria e insolidaria.

Existen entre los dos grupos socialistas intereses y factores contrapuestos que son los que han hecho agudizar la batalla y su carácter cruento: el control del poder interno para adoptar decisiones políticas imperiosas a corto y medio plazo.

Por una parte, la garantía inmediata de asegurar la gobernabilidad del PP, la investidura de Rajoy y la 'política de Estado'.

Es decir, las medidas fundamentales de estabilidad económica (ajustes presupuestarios) e institucional (neutralización de la oposición de Unidos Podemos y aliados y el desafío soberanista en Cataluña). Todo ello en beneficio de 'su España', el bloque de poder dominante, e intentando conseguir una mínima legitimidad interna entre sus bases a través de una diferenciación parcial con la derecha y una oposición 'útil'. El próximo Comité Federal debe definir esa posición política y es un momento todavía delicado para asentar el nuevo equilibrio de fuerzas y legitimidad.

Por otra parte, garantizar la consolidación de un nuevo equipo dirigente, quizá bajo la batuta de Susana Díaz como nueva líder, gestionando los plazos, el proceso y las condiciones del imprescindible Congreso y primarias a la Secretaría General y dificultando la oposición interna. No obstante, parece que, de momento, Sánchez no se rinde y amenaza con resistir y porfiar en su plan del NO al PP, ahora en versión de moción de censura a medio plazo y promoción de su gobierno 'alternativo'.

El plan de Sánchez (primarias a Secretario General y Congreso para ratificar su dirección y el NO al PP) consistía en incrementar su autonomía respecto de sus barones (y los poderes económicos y mediáticos, como el grupo PRISA) y, especialmente, reforzar su capacidad impositiva para, sin tantas disidencias, aplicar su proyecto y legitimar su discurso y su liderazgo. Es lo que ha impedido su derrota.

Origen del enfrentamiento

El enfrentamiento en el Partido socialista se produce por los intereses contrapuestos y las respuestas diferentes ante su prolongado declive representativo y electoral de dos grupos de poder, representados por Sánchez y los barones territoriales.

La desafección ciudadana hacia el Partido socialista se inicia frente a los ajustes, la reforma laboral y los recortes sociales del

Gobierno de Zapatero, en mayo y junio de 2010; a partir de entonces se inicia todo un proceso de indignación cívica y un ciclo de la protesta social, simbolizado por el movimiento 15-M, las mareas ciudadanas y las grandes (y pequeñas) movilizaciones populares. Todas las iniciativas de justificación ('comunicación') de esa estrategia y de cambio de liderazgo van fracasando. En las elecciones generales de 2011, con la gestión de Zapatero y el 'nuevo' liderazgo de Rubalcaba ya pierden 4,3 millones de votos. Las elecciones europeas de 2014 demuestran su impotencia para recuperar credibilidad social. El nuevo liderazgo de Sánchez (joven y no contaminado directamente por la gestión gubernamental anterior) no permite tampoco remontar la tendencia y pierde otro millón y medio más el 20-D-2015. Suman casi seis millones, la mitad de su electorado de 2008, al comienzo de la crisis. El 26-J-2016 tampoco da esperanzas de recuperación. Por último, las recientes elecciones gallegas y vascas afianzan su debacle e irrelevancia.

La responsabilidad del continuado declive representativo no es (solo) por el 'liderazgo': por un lado, Felipe González, Almunia, Rubalcaba, ligados directamente al poder establecido, fueron desplazados por los electores; por otro lado, Zapatero (en sus comienzos), así como Borrell y Sánchez, que no han llegado a gobernar, han sido algo autónomos y renovadores, y han terminado siendo echados por las élites partidistas 'felipistas'; por tanto, la solución Susana Díaz, aparte de representar lo más derechista, centralista, jerárquico y caduco del PSOE, tampoco va a ser la solución. El problema no es de 'comunicación'; es de contenido del discurso y, sobre todo, de sus prácticas. Los camuflajes retóricos y la fuerza de su aparato mediático (grupo Prisa...) son insuficientes para recuperar credibilidad social.

Fundamentalmente, la causa de fondo de su desplome está en su estrategia y su gestión, cada vez más alejada de las necesidades y demandas populares. Históricamente, el papel de la socialdemocracia ha sido ambivalente. Pero en este proceso de crisis sistémica y graves

efectos sociales para la mayoría ciudadana, sus aparatos más relevantes se han decantado por el poder establecido y la austeridad y han incumplido sus compromisos democráticos y sociales. No representan una mejora para el bienestar de las capas populares, ni siquiera para la articulación territorial de la diversidad nacional. No son capaces de salir de la crisis de identidad y de proyecto. Y no hay rectificación, ni gestión, ni discurso alternativo, solo algo de retórica amable sin credibilidad para la gente progresista, joven y urbana.

No vale utilizar el victimismo socialista por una supuesta agresividad de Unidos Podemos (dejando aparte algunos sectarismos y salidas de tono) o por su deseo (legítimo) de adelantar al PSOE de forma democrática. Esta posición victimista es falsa. Por una parte, esconde las causas de fondo de su crisis y agotamiento, ya expresadas en la urnas en las elecciones generales de diciembre del año 2011 -la desafección de 4,3 millones de personas- (y antes y después en las calles, plazas y centros de trabajo), cuando Podemos todavía no existía. Por otra parte, elude (o justifica como 'todo vale') que su estrategia de acoso y acorralamiento contra Podemos (en colaboración con la derecha y los poderes fácticos) ha sido de una dimensión completamente desproporcionada y abiertamente antidemocrática y sectaria. Y apenas hay atisbos (unitarios) de cambio de actitud, todavía menos en la Comisión gestora.

Ese declive del PSOE es más grave en el plano comparativo. Por un lado el PP, a pesar de su pronunciado descenso electoral respecto del año 2011 y su marco de corrupción, el 26-J ha mantenido e incrementado su distancia. Por otro lado, se consolida la capacidad representativa e institucional de Unidos Podemos y las convergencias en un nivel similar al suyo propio. La crisis socialista tiene profundas raíces políticas y estratégicas que siguen sin resolver. Pero sus efectos de pérdida de poder institucional y político son muy duros para un partido de poder y 'ganador'.

Una parte del diagnóstico está clara para su dirección: insuficiente credibilidad y liderazgo para representar un proyecto de

cambio progresista. El objetivo común es frenar esa sangría de desafección electoral, reforzar un proyecto autónomo (de la derecha y de Unidos Podemos) y ‘ganar’ poder institucional. Ahí es cuando vienen las insuficiencias de diagnóstico, los errores estratégicos y su sustitución por soluciones falsas, así como la agria división por distintas respuestas de liderazgo. No hay relato ni reconsideración estratégica y de alianzas para frenar la dinámica regresiva y autoritaria del poder liberal conservador y garantizar unas políticas al servicio de la gente, con un Gobierno de progreso equilibrado.

Esa ausencia de rectificación de la orientación de fondo y el consiguiente bloqueo de su representatividad les lleva a un callejón sin salida respecto de su objetivo de recuperación política e institucional. Una vez fracasado el reparto de responsabilidades hacia el ‘enemigo’ externo (Unidos Podemos y convergencias), cada bando busca chivos expiatorios internos (el otro bando) para presentarse como salvación ante la defenestración del otro grupo dirigente. La dinámica cainita se refuerza, sin aportar ninguna solución, más allá del deseo de ‘ganar’ con un proyecto autónomo.

Las diferencias de los dos bloques internos son, sobre todo, corporativas o de poder. En la práctica siguen existiendo dos opciones: apoyar la gobernabilidad del continuismo, de la mano del PP (y Ciudadanos); apostar por el cambio real, aunque negociado, con Unidos Podemos (y las fuerzas nacionalistas). El NO de Sánchez a Rajoy, aparte de su evidente justeza, tenía un objetivo instrumental: ir con esa bandera a unas nuevas elecciones en las que lograr un mayor desgaste de su competidor directo (Unidos Podemos y aliados) y un mayor reequilibrio a su favor (distintas fuentes hablaban de lograr al menos cien diputados frente a cincuenta). Solo que esa hipótesis, después del espectáculo ofrecido, es todavía más incierta y choca con la ‘responsabilidad’ de evitar la prolongación de la incertidumbre de la ‘gobernabilidad’ y la aventura del probable desplome electoral.

Sánchez ha topado con los intereses de los poderosos. Su plan, aunque podría haber resultado eficaz para su estabilidad, era demasiado sutil y arriesgado. Además, tras estas semanas de pelea interna, con exposición pública en el Comité Federal de todos los viejos defectos sectarios y corporativos de la vieja política, así como la actitud antidemocrática de la mayoría de dirigentes de ambos bandos, la hipótesis ‘ganadora’ de Sánchez para las próximas elecciones generales se evapora. Solo quedaba, de forma descarnada, el objetivo de su continuidad dirigente, sin ningún valor añadido para el nuevo grupo mayoritario del PSOE.

Su relato del NO pierde fuelle: es insuficiente para debilitar al PP y no va acompañado de la estrategia de cambio real y las fuerzas unitarias suficientes para completar una alternativa realista. La defensa del NO se queda a mitad de camino, en tierra de nadie, ni de parte de los poderosos, que ya piensan en recomponer las derechas, ni de las fuerzas alternativas. Podría tener más apoyo en su base militante, incluso ser capaz de resistir esta transición y volver a aspirar a ganar las próximas primarias y Congreso (¿dentro de un año?) pero a condición de completar el segundo paso: la alternativa de un proyecto de progreso, unitario y compartido con Unidos Podemos y aliados. Pero es a lo que hasta ahora se opone frontalmente poniendo por delante un proyecto continuista bajo su hegemonía absoluta, con la recomposición del bipartidismo (imperfecto) y la subordinación o debilitamiento de Unidos Podemos.

Sin embargo, esa ensoñación está fuera ya de la historia, es irreal y solo conduce a su fracaso. Así, solo queda una motivación: sostener su liderazgo precario, con una base social limitada, sin soluciones para la gente ni utilidad para los poderosos. Al parecer de los críticos, Sánchez arriesga al PSOE a un papel subordinado respecto de la derecha ahora o todavía más dependiente después de ‘sus’ elecciones generales. Para los barones, la abstención actual, negociada, vendría a paliar el riesgo del descenso electoral y político, la mayor hegemonía de la derecha, el posible *sorpasso* de Unidos

Podemos y, por tanto, su menor relevancia y utilidad para el poder establecido. Es el relato para ‘persuadir’ sobre la abstención.

En consecuencia, el plan de Sánchez no convence al aparato político e institucional socialista. Por un lado, no frena a Unidos Podemos y aliados, ni contribuye al cierre de la dinámica de cambio sustantivo y representativo. Por otro lado, no garantiza una remontada socialista, un proyecto formal y retóricamente autónomo aunque dentro del consenso constitucional, centralista y neoliberal y, salvo algunas parcelas de poder territorial, subordinado a la derecha.

La pugna, en definitiva, se queda en algunos reajustes de poder y liderazgo. Por supuesto, sangrientos, manipuladores y dependientes del poder institucional, económico y mediático, pero sin una conexión con una trayectoria de progreso. La respuesta vuelve a ser comunicación y liderazgo, sin reorientación ni regeneración. Para ellos la decisión clave es, sobre todo, quién y cómo gestiona el poder remanente, asegura una recuperación electoral y garantiza la estabilidad institucional. No hay grandes diferencias estratégicas y políticas.

Todavía no hay un resquebrajamiento significativo sobre sus objetivos básicos: ‘ganar’, debilitar a Podemos, renovar el bipartidismo, garantizar la ‘gobernabilidad’ y reacomodarse ante la estrategia liberal-conservadora-socialdemócrata. No hay nada de refundación política, reelaboración de nuevo discurso o dinámica transformadora. La solución a la crisis sistémica no puede venir del interior del PSOE.

Las derechas (PP con un Ciudadanos subalterno) tienen unos intereses y un discurso claro y consiguen una base social importante que no alcanza a la mayoría ciudadana. El electorado progresista podría ser mayoritario. Dentro de su ambivalencia, la dirección del PSOE reniega de una alternativa de progreso. El cambio será más lento y difícil, ya que debe madurar más la crisis de un PSOE socioliberal, subalterno de la derecha. No obstante, la legitimidad de la derecha es muy insuficiente y su dominio institucional limitado.

Aunque ahora el PP salve la investidura de Rajoy, no hay que descartar una crisis institucional o de gobernabilidad a medio plazo, incluso como oportunidad instrumental para el propio PSOE (y Ciudadanos), en un ambiente cívico de oposición social y política a su gestión regresiva. Es el miedo de la dirección del PP. Volverían a aparecer, incluso en el contexto de las elecciones municipales y autonómicas de 2019 (o antes), parecidos dilemas sobre el cambio de Gobierno.

Pero, sobre todo, la construcción de una alternativa debe reposar en el desarrollo de un proyecto de cambio frente a la derecha, con un nuevo ciclo de defensa de políticas progresivas, basado en la participación popular y, por tanto, en el arraigo e iniciativa de la representación política alternativa.

Existen precedentes de ruptura de estructuras de poder partidista e institucional (escisión del PNV con EA, en el año 1986), aparentemente homogéneas y sin muchas diferencias iniciales de contenido político. Pero luego han cristalizado en la división total de grupos de poder y sus dirigentes han tenido que justificarse y legitimarse con un nuevo discurso diferenciado. Su evolución depende de que tenga éxito para ganar posiciones políticas e institucionales. Es difícil que el actual PSOE y el grupo de Sánchez llegue a esos extremos, incluso que gane y gire hacia la izquierda (como el laborismo británico de Corbyn) o se constituya una fracción significativa por la izquierda (al estilo francés o alemán). Lo que sí existe en una parte significativa de su afiliación descontenta con esta deriva de su dirección, cuya reflexión y actitud debe madurar, facilitando puentes tras una propuesta unitaria de progreso.

Causas del declive del Partido socialista

Las causas de fondo del debilitamiento del Partido socialista son tres: su apuesta por la estrategia de austeridad y recortes sociales; su escaso compromiso con una profunda democratización y

regeneración de la vida pública; su rechazo a la visión plurinacional de España, con la renuncia a la defensa de los derechos legítimos de los distintos pueblos, con una actitud integradora.

En los tres campos han realizado pequeños arreglos cosméticos y retóricos, que no hay persuadido a (casi) nadie de sus buenas intenciones reformadoras. La cuestión es que a la primera gran oportunidad de concretar un plan de Gobierno, su prioridad, compartida por todas las sensibilidades (menos la minoritaria izquierda socialista y algunos sectores del PSC) fue volcarse en el giro centralista y hacia la derecha de su pacto con Ciudadanos y su sectarismo contra Unidos Podemos y convergencias.

Por tanto, es verdad que existen matices políticos diferentes entre los dos bloques conformados en la presente crisis: el principal, la rotundidad del NO a Rajoy y el PP. Pero, ¿qué incentivos y seguridades podía dar Sánchez con su plan al aparato socialista? Lo más inmediato para los más creídos y confiando (y ayudando) en la agudización del desgaste y la división de Unidos Podemos era, como decíamos, acercarse a cien diputados y arrancarles el deseado millón y medio de votos de Unidos Podemos y confluencias, dejándoles en cincuenta. Pero tampoco era un resultado seguro. Y todo ello a costa del riesgo de que el PP ampliase su distancia (a costa de Ciudadanos) con el PSOE o que ambas derechas obtuviesen juntas mayoría absoluta. Además de no conseguir el Gobierno deberían asumir la responsabilidad ante todos los poderes fácticos, incluido los europeos, y las capas acomodadas de la llamada 'ingobernabilidad'.

Incluso ese posible beneficio representativo para el Partido Socialista (con el perjuicio competitivo para el bloque 'felipista' de Susana Díaz de ampliar la legitimidad y la autonomía del equipo de Sánchez) era incierto y no cambiaba los equilibrios de poder institucional, en manos de las derechas. La única posición seria y exitosa, con la movilización interna de la mayoría de la base socialista, deseosa de la alianza con Unidos Podemos y un cambio sustancial, era la afirmación en una reorientación estratégica de la

política económica y social, el abordaje de la cuestión catalana y una profunda democratización y regeneración institucional, con puntos intermedios o compartidos con Unidos Podemos y aliados.

Pero es el aspecto de fondo que Sánchez nunca ha dado. Su actitud, sin un amplio acuerdo con las fuerzas del cambio en torno un plan equilibrado y compartido de Gobierno de progreso, no tenía la suficiente consistencia, de proyecto, poder institucional y base social, para detener la ofensiva de los poderes fácticos de dentro y de fuera de su partido. Podía reportar mayor deslegitimación a la vieja y renovada estructura de poder dentro del PSOE, representada por Felipe González y Susana Díaz, y su conexión con el poder establecido, económico, político y mediático. Contribuía a desvelar la posición prepotente y regresiva de la aspirante dirigencia socialista y, como decía, su posición subalterna de la derecha. Todo ello debilita la capacidad de recuperación representativa de la nueva dirección y es factor de crispación interna.

La cuestión ahora es cuál es la entereza del equipo de Sánchez para afrontar el desgarramiento interno y conformar una corriente fuerte de izquierdas frente a la previsible deriva liberal y autoritaria del Gobierno del PP y disciplinaria o coercitiva de la Comisión gestora. De momento no hay coherencia ni capacidad para hacer frente a esta crisis y abordar la necesidad de una afirmación de izquierdas. La dinámica actual hace depender mucho al PSOE de las posiciones en el aparato institucional y de poder. Y en la medida que su 'bando' prefigure la derrota, la aceleración de abandonos va a ir a más, con el desconcierto y la frustración de la mayoría de sus cargos intermedios y afiliados de base y, especialmente, de gran parte de su electorado. Sería deseable que se fortaleciesen esas corrientes de izquierda dentro del PSOE, empezando por la propia Izquierda socialista. No obstante, es difícil que el equipo de Sánchez encabece esa reconstrucción desde fuera del poder interno. Las prácticas autoritarias y el control organizativo del nuevo núcleo dirigente, previsiblemente serán más duros contra los nuevos disidentes, con la

marginación de puestos y privilegios. A falta de fuertes convicciones políticas y éticas y arraigo social activo, pueden ser capaces de disuadir de la crítica a muchos cuadros y afiliados bienintencionados. El deslizamiento hacia otras formaciones será lento pero probable.

No hay que olvidar que la campaña de tergiversación orquestada por la dirección del PSOE y su aparato mediático, junto con la dinámica del miedo protagonizada por la derecha y las propias dificultades de la campaña electoral, sí consiguieron dos efectos colaterales: debilitar a una parte del electorado progresista (un millón que fueron a la abstención) en torno a Unidos Podemos y sus aliados; pero al mismo tiempo, debilitar el bloque global progresista y favorecer a la derecha del PP. Es otra consecuencia de su estrategia sectaria.

Así, la diferencia estratégica entre las dos tendencias principales del PSOE, no sería muy grande. Su interés común es debilitar al bloque progresista en torno a Unidos Podemos y neutralizar el proceso de cambio sustantivo en España. Siguen atados al Régimen del 78. El objetivo retórico es fortalecer el proyecto 'autónomo' socialista, es decir, volver al bipartidismo con el debilitamiento de la presión social por el cambio y la subordinación de su representación política e institucional. La táctica y la retórica varían un poco. Pedro Sánchez y su equipo, buscaban su reafirmación en la dirección socialista en su rechazado plan de Congreso y primarias, para continuar en una posición interna de ventaja y hegemonizar el próximo periodo, incluida la inminente campaña electoral. La mayoría del Comité Federal lo ha bloqueado y ha nombrado la Comisión gestora, pero ese objetivo compartido junto con las diferencias persiste.

Sin embargo, ambos bandos no tienen una respuesta segura para resolver el problema de fondo de cómo evitar su declive representativo y frenar a Unidos Podemos y aliados. Es más, la alternativa de los barones críticos, con su mayor compromiso con la gobernabilidad de la derecha, su retórica de ser una oposición 'útil' y

su sectarismo anti-Podemos, no les asegura una recuperación electoral. Puede ser valorado por los poderes fácticos una buena gestión para estabilizar la hegemonía del poder liberal-conservador, con una socialdemocracia subordinada, y frenar la dinámica de cambio en España y su influencia en el conjunto del sur europeo. Pero como “Roma no paga a traidores”, tras agradecerles los poderosos el servicio prestado, continuarán su proceso de desconcierto identitario y estratégico y su declive político y desafección electoral. En ese sentido, el plan de Pedro Sánchez todavía podría reflejar ese interés corporativo de una élite política algo autónoma de la derecha que pretende conservar un pequeño espacio político y electoral, pero sin cuestionar los compromisos de fondo con el poder oligárquico. Es el dilema de la socialdemocracia europea.

No hay solución española progresista de la mano del PSOE. Su núcleo dirigente lo impide. Una parte de su estructura y la mayoría de sus bases sociales deberán participar en ella. Pero la respuesta está en el devenir del movimiento popular y la ciudadanía crítica y el fortalecimiento de Unidos Podemos y las confluencias.

Inconsistencia del plan de Sánchez

La crisis del PSOE deriva de su estrategia equivocada y su correspondiente declive político y electoral, sin consistencia para un giro social de su política socioeconómica y una respuesta regeneradora y democrática, incluyendo el tema territorial. Todo ello necesitaba un acuerdo serio y leal con Unidos Podemos para conformar un Gobierno de progreso y un proyecto compartido de cambio sustantivo. Sánchez, en estos meses, no se ha atrevido, sino todo lo contrario. Los últimos amagos, anunciando diálogo y flexibilidad, ni siquiera han llegado a conversaciones exploratorias consecuentes. Su alusión de gobierno ‘alternativo’ no salía de la ambigüedad programática y la referencia del acuerdo con C’s y una composición de apoyo tripartito, negado por Rivera. La rebelión del

poder establecido dentro y fuera del PSOE quiere cerrar cualquier hipótesis de cambio real, aunque Sánchez pueda recuperar su plan como bandera en la pugna interna hasta el Congreso

Pedro Sánchez y su equipo han venido insistiendo en el NO a la investidura de Mariano Rajoy, líder del PP, como Presidente del Gobierno. Es una posición acertada pero insuficiente. Por una parte, contribuye a deslegitimar al Ejecutivo del PP y sus políticas e impedir el simple continuismo de su estrategia regresiva y autoritaria, más cuando está involucrado en la corrupción política e institucional. Por otra parte, esa actitud no garantiza el desalojo del PP del Gobierno, se queda en una simple retórica y se combina con un rechazo a formar una alternativa progresista, junto con Unidos Podemos.

Así, su oposición a validar el Gobierno de derechas, con el pacto de Partido Popular y Ciudadanos, es frágil e inconsecuente. Dados los poderosos enemigos que tiene, dentro y fuera del Partido Socialista, el simple NO, si no lo refuerza ni lo completa, está condenado a fracasar. ¿Qué sentido tiene su mantenimiento (hasta ahora), con la clara retórica que lo acompaña, al mismo tiempo que evitaba construir una alternativa gubernamental de progreso? La respuesta es sencilla: Legitimar su liderazgo, interno y externo, y recomponer la hegemonía socialista perdida entre las fuerzas progresistas. Su objetivo era doble y estaba combinado: aislar a Unidos Podemos y sus aliados, frenando su consolidación e intentando ensanchar la distancia de su representatividad; volver al bipartidismo (imperfecto) con una completa hegemonía socialista entre las fuerzas de progreso.

Pero esa estrategia del NO era insuficiente para desalojar al PP del poder que es lo principal. Su propuesta de un acuerdo de PSOE con Ciudadanos y Unidos Podemos y convergencias, es también retórica. La experiencia pasada nos dice que su concreción consistía en un acuerdo gubernamental con C's, con políticas socioeconómicas y territoriales continuistas, similares a las del PP y la derecha europea. A ese plan es al que se invitaba a Podemos y convergencias a sumarse de forma subordinada. Solo garantizaba un recambio de

élite gobernante pero con la consolidación del continuismo en materia socioeconómica y territorial y, por tanto, la neutralización de las demandas de cambio de la mayoría de la sociedad española, incluida las de sus propias bases sociales.

Su objetivo no era un Gobierno de progreso y el comienzo de una transformación socioeconómica, institucional y territorial, aunque fuese moderada, con un reforzamiento de las fuerzas del cambio. Consistía en frenar a Podemos, recomponer la hegemonía socialista desde la añoranza del bipartidismo, sin garantizar un cambio sustantivo de los tres grandes desafíos para abrir un ciclo progresista en beneficio de la mayoría ciudadana: un giro hacia una democracia social y económica, frente a la estrategia *austericida* y de recortes sociales y en defensa de los intereses y demandas de las mayorías populares; una profunda democratización de las instituciones políticas, con una clara regeneración de la vida pública; un reconocimiento de la realidad plurinacional con una articulación democrática y solidaria de los pueblos del Estado, en un nuevo marco político y constitucional. Estos objetivos se basan en el desarrollo de dos grandes valores o principios: justicia social y democracia.

Inexistencia de un proyecto socialista diferenciado

La diferenciación del PSOE con la derecha y los poderes ‘económicos’, a veces áspera, es retórica. Aspira, fundamentalmente, al recambio de élites gubernamentales, la clásica alternancia. Se formula como aspiración a ser un partido ‘ganador’ frente al PP, pero carece de proyecto alternativo. Expresa un interés corporativo, la añoranza del bipartidismo con la neutralización del cambio, con un obscurecimiento del contenido del proyecto y su compromiso con las capas populares. Por tanto, las diferencias internas, programáticas y de objetivos, son relativas. Las discrepancias sustanciales son de liderazgo y grupo de poder como garantía del proyecto ‘ganador’. Pero, ¿en qué sentido y para quién?

La socialdemocracia europea está en la encrucijada, por su giro socioliberal y su subordinación al proyecto liberal-conservador. ¿Cabe una retórica centrista (o de izquierdas) con un plan regresivo, autoritario e insolidario en la construcción europea y en cada país? Hasta ahora, el grueso de la socialdemocracia, consciente de los costes electorales por su corresponsabilidad en la gestión impopular de la crisis sistémica, ha intentado sólo construir un relato justificativo; es la tarea de 'comunicación'. Su escaso éxito le impone un dilema: acentuar el papel de esa comunicación, incrementando las tareas de tergiversación y manipulación (cosa que ya hacen los partidos de derecha) de sus aparatos mediáticos; o bien, reorientar su política, sus prioridades y sus alianzas para participar en el imprescindible cambio de dinámica global en países significativos como España y el conjunto de la UE.

La opción alternativa es una estrategia contraria: progresiva (en lo social y económico, en los derechos sociales y laborales y las garantías públicas), democrática (en lo político-institucional, territorial y cívico), solidaria (inclusiva e integradora, de los países del sur, los diferentes y los desfavorecidos). El PSOE, sus dos 'bandos', siguen sin una reconsideración de su gestión antisocial y sus déficits democráticos desde el comienzo de la crisis socioeconómica e institucional y se mantienen en el continuismo estratégico. Y cuando se ha producido una oportunidad para el cambio institucional, tras el 20-D, su prioridad ha sido reforzar ese continuismo programático y de hegemonía institucional con su pacto con Ciudadanos, en vez de explorar un cambio real y un nuevo equilibrio institucional, aceptando la pluralidad representativa y la casi paridad con Unidos Podemos y confluencias.

Por tanto, de momento, ninguna de las dos partes del PSOE aporta una reorientación de la estrategia y un nuevo relato para avanzar claramente por la senda del cambio.

Mientras tanto, la pugna de las próximas primarias y el Congreso extraordinario puede ser tensa y la profunda brecha

existente consolidarse. Sobre ello recae, parece, la tarea de la Comisión gestora. En primer lugar, resolver el 'interés' de España, la gobernabilidad del PP, mediante la colaboración socialista, con la retórica diferenciadora de hacer una oposición 'útil'. Es decir, consenso en los temas de Estado, ampliado a los compromisos europeos, junto con algunas reformas pactadas o forzadas al PP. En segundo lugar, achicar la oposición interna a la nueva mayoría del Comité Federal y controlar todo el proceso de primarias y Congreso. Eso significa definir el objetivo de 'pacificación' interna, con los mecanismos de 'persuasión' (o coerción) de un aparato de poder y la distribución de posiciones institucionales, en los plazos convenientes (quizá hasta un año) para desactivar al equipo de Sánchez y su apoyo militante.

Su punto débil (y el fuerte de Sánchez) es que, por un lado, es inevitable la corresponsabilidad de la nueva dirección con los fundamentos de una gestión continuista del Gobierno de Rajoy y, por tanto, de deslegitimación por su colaboración en el bloqueo del cambio; y por otro lado, que aunque frenen la dinámica de cambio institucional no van a poder doblegar a Unidos Podemos y aliados ni impedir el ascenso de una nueva oposición social y política que garantice a medio plazo un nuevo equilibrio, más favorable para una transformación sustantiva.

Por tanto, aunque la nueva dirección controle y aplase las primarias y el próximo Congreso del PSOE, de forma inmediata no va a poder cantar victoria sobre la estabilidad interna. El equipo de Sánchez podría volver a ganar. Su dificultad, aparte del bloqueo del poder establecido externo e interno, es que no tiene suficiente disponibilidad y consistencia para imprimir una reorientación estratégica. Ésa es su única posibilidad para fortalecer el apoyo de sus bases sociales, ganar el PSOE, articular la fuerza social y política necesaria para enfrentarse a los poderosos y participar en el cambio institucional.

Hoy por hoy, ambos bandos comparten esa necesidad de continuismo estratégico y, sobre todo, de hegemonía socialista ‘ganadora’, con la subordinación de Unidos Podemos y convergencias y el mantenimiento de un ‘tono’ diferenciador con el PP. Las diferencias son de grado y, especialmente, de quién lidera la recuperación (poco probable) de ese partido socialista ganador.

La realidad es que solo desde el reconocimiento de la paridad representativa con Unidos Podemos y aliados y un proyecto intermedio y compartido, con todo o una parte sustancial del PSOE y sus actuales bases sociales, es posible acumular la suficiente representatividad y legitimidad para dar un vuelco a la inmediata ‘gobernabilidad’ de la derecha. No hay que esperar toda la legislatura. La evidencia de los desastres sociales del continuismo gestor del PP y la hegemonía liberal conservadora en la UE, así como el bloqueo regenerador y democrático, podrán posibilitar el cuestionamiento a su legitimidad y articular los mecanismos institucionales para impedir sus políticas más impopulares, incluso desalojar al PP con una moción de confianza y cambio de Gobierno, (los números siguen posibilitándolo). Es un desafío para las fuerzas reales del cambio y en general para la ciudadanía activa española. Supone la articulación de una nueva dinámica de movilización popular, de ampliación del tejido asociativo y cultural, de participación cívica con un discurso democrático-igualitario y tras un proyecto de cambio sustantivo.

Incoherencia e irrealidad de un Gobierno tripartito

Ahora, tras el 26-J, en el plano institucional existe una situación algo más favorable para las derechas. No solo por el ligero avance del PP cuanto por el decidido aval de Rivera a la investidura de Rajoy y el apoyo al PP, así como, simultáneamente, por su rechazo a apoyar a Sánchez, menor ante la eventualidad de un acuerdo con Unidos Podemos y/o los nacionalistas.

La propuesta de Gobierno alternativo tripartito, que tanto se ha divulgado por el equipo de Sánchez y otros actores, queda en mera hipótesis sin operatividad real. La Comisión gestora lo ha enterrado. Pero conviene darle una vuelta; sigue siendo una posición para algunos y en cualquier momento puede ponerse otra vez de actualidad. En la anterior legislatura todavía tenía algo de credibilidad práctica, rápidamente hundida por la prioridad socialista hacia el acuerdo con la derecha de C's; ahora que éste manifiesta claramente su compromiso con el PP y sus políticas, queda como simple ejercicio retórico. Su función era doble. Por un lado, reforzar el NO a Rajoy, ofreciendo una salida al bloqueo institucional. Por otro lado, echar la responsabilidad del 'recambio' y su fracaso, es decir, mantener la acusación de impedir el desalojo del PP, a ambos partidos emergentes, especialmente a Unidos Podemos y sus aliados. La conclusión es que ambos debían apoyar a Sánchez, sin definir una auténtica política de cambio, que Ciudadanos ya rechazaba la legislatura pasada.

Incluso la hipótesis de un Gobierno socialista con 'independientes' de Ciudadanos y Unidos Podemos, tampoco resuelve la encrucijada principal: Qué orientación política va a practicar ese Gobierno en esas tres áreas fundamentales. La dificultad principal no es la de la presencia formal o no de los máximos representantes políticos de cada fuerza. El veto de fondo de todos los poderes fácticos, incluido la troika, es a un giro social y democrático en un país crucial del sur de Europa y su apuesta por la recomposición de la 'gobernabilidad' de los poderosos y el sistema bipartidista (imperfecto) con la neutralización de las fuerzas del cambio. No existe un gobierno alternativo si no es de progreso, de cambio real. No es de recibo quedarse solo en el 'recambio' de élites, solicitando autonomía completa para el PSOE y que no conlleva automáticamente el compromiso por un proyecto compartido y un cambio sustantivo. El contrato social y democrático se basa en la confianza y la participación ciudadana en los dos aspectos: tipo de proyecto,

necesariamente democrático e igualitario, y élite representativa y gestora (el para qué y el quién). Son las dos caras de la misma moneda.

Las posiciones programáticas de Unidos Podemos (y confluencias) con el pacto PSOE-C's, en materia socioeconómica y territorial, son antagónicas en lo fundamental. Los que apoyan la Comisión gestora actual del PSOE consideran que es imposible el intento y que solo obedece a la conveniencia de Sánchez de mantener su liderazgo interno. El equipo de Sánchez podría haber avanzado una prioridad negociadora con las fuerzas del cambio, lo que le suponía un cambio programático y de articulación de un nuevo equilibrio en sus alianzas. Es lo que temían los poderosos y sus aparatos mediáticos que, simplemente, no podían aceptar ni esa mera hipótesis.

Pero, la actitud de Sánchez y su equipo (incluido personas más avanzadas como O. Elorza, J. Borrell o M. Iceta) no ha llegado nunca a traspasar esa línea roja (que sí lo hace Pérez Tapias de Izquierda socialista). La retórica de un Gobierno alternativo o de izquierdas solo esconde un gobierno socialista, con la mutua neutralización y subordinación de Unidos Podemos (y aliados) y Ciudadanos, con su completa hegemonía representativa y gestora y sin un compromiso de cambio significativo de las políticas socioeconómicas y territoriales, incluso democráticas.

Su propuesta concreta parece que consistía en un Gobierno socialista con participación de independientes afines a Unidos Podemos y Ciudadanos, con un proyecto solo de recambio gubernamental, con un programa continuista 'renovado', con pequeñas reformas sociales y de regeneración democrática. Su chantaje a Unidos Podemos, con palabras más amables, era similar al de la pasada legislatura: subordinación, o pretexto para seguir con la campaña de aislamiento.

El eje alternativo debe ser un acuerdo intermedio y compartido entre PSOE y Unidos Podemos (y aliados). El equilibrio no puede darse

entre una dirección económica presidida por L. Garicano y J. Sevilla, con algunas concesiones limitadas en el área social, y una leve regeneración democrática, junto con un bloqueo del tema territorial.

Además, al rechazar Ciudadanos esa vía tripartita, solo quedaría la opción de un acuerdo con Unidos Podemos (y aliados), con un giro social a sus políticas económicas y mayor profundización de la democratización institucional, incluido el tema territorial, y la regeneración democrática. Además, debería ser seguido de una negociación con las fuerzas nacionalistas catalanas y vascas, que conllevaría cierta flexibilidad para tratar el tema territorial, cosa a la que el equipo de Sánchez también se oponía.

¿Qué sentido tenía la oferta retórica del PSOE de negociación tripartita con Unidos Podemos y Ciudadanos? Evidentemente, no la de dar pasos serios y constructivos en ese sentido, sino ganar protagonismo y conformar un pretexto para seguir criticando a Unidos Podemos como supuesto responsable de la continuidad del PP. El objetivo de lo que llaman proyecto socialista autónomo tampoco era avanzar en la difícil formación de un Gobierno alternativo, sino ensanchar la representatividad del PSOE (la ilusión de conseguir 100 diputados) a costa de Unidos Podemos y confluencias (que deberían quedarse en no más de 50). Por tanto, no era una propuesta unitaria y constructiva para cambiar las instituciones y las condiciones de la gente, sino un discurso ventajoso para el plan de Sánchez de entrar en la campaña de las próximas elecciones generales con mayores garantías para su preponderancia frente a Unidos Podemos.

Pero ese plan era de aplicación improbable, sobre todo por la dura oposición de Ciudadanos. Solo cabía la versión de la búsqueda de apoyo de las fuerzas nacionalistas, lo que suponía acordar también seriamente con Unidos Podemos y las confluencias el programa de giro socioeconómico y flexibilidad en la cuestión territorial. Podría ser transitable; es lo que deseaba, por ejemplo, M. Iceta. Pero es dudoso que correspondiese al diseño de Sánchez: disputar, tras las nuevas elecciones generales, la hegemonía del PP, al mismo tiempo que

recuperar el bipartidismo y distanciarse respecto de Unidos Podemos y aliados, a los que se les sometería a la presión clásica: PP o PSOE, con el cierre del cambio sustantivo.

Para el grupo de Sánchez el fundamento de esa propuesta tiene, sobre todo, un componente instrumental: cómo evitar su prolongado declive representativo y de poder y, especialmente, cómo reforzar quién gestiona ese debilitado poder institucional (él mismo).

Para el poder establecido, de fuera y de dentro del Partido socialista, ese plan conllevaba cierto riesgo: generar una expectativa de desalojo gubernamental de la derecha, mantener su inestabilidad, generar confianza alternativa en el grupo dirigente. No obstante, no estaba inscrito en una rectificación de la estrategia socialista pasada: por un lado, de giro a la derecha en materia socioeconómica y visión centralista en materia territorial, reafirmados por el pacto con Ciudadanos; por otro lado, de acoso total contra Unidos Podemos y las fuerzas nacionalistas, aun con algún guiño amable.

Por tanto, esa idea de Sánchez no era consistente para abrir un nuevo ciclo de confianza y colaboración entre las fuerzas progresistas para desplazar a las derechas y abrir una dinámica de cambio. Por supuesto, no es comparable con el giro a la izquierda del laborismo británico, con Corbyn; ni siquiera, con la alianza más pragmática (en condiciones más favorables por su mejor correlación de fuerzas y la ausencia de problemática territorial) del Partido socialista portugués con el Bloco y el PCP. Tampoco es debido a ninguna reflexión o reorientación de la estrategia pasada o la encrucijada de la socialdemocracia europea para distanciarse de su consenso con la estrategia injusta e insolidaria del poder liberal conservador. Tiene poco recorrido.

2. Grietas del Régimen y perspectivas

El llamado desbloqueo institucional, con el aval de la dirección socialista a la investidura de Rajoy, es un tapón ilegítimo ante la mayoritaria exigencia ciudadana de cambio. La sociedad española no se merece la permanencia de un Gobierno de la derecha. El continuismo gubernamental del PP se impone por la triple alianza (PP, C's, PSOE) frente al sentir de la mayoría social y electoral, partidaria del cambio político e institucional. No solo la base social de Unidos Podemos y convergencias sino la gran mayoría del electorado del PSOE (incluso de C's) quería y quiere desalojar del Gobierno a la derecha de PP e iniciar otra etapa política, más social, democrática y regeneradora. Es la incoherencia de los nuevos dirigentes socialistas en contra de su discurso 'alternativo'.

La derecha del PP, con Rajoy a la cabeza, ha conseguido permanecer en el Gobierno, con el apoyo de Ciudadanos y la colaboración de la mayoría de la dirección del Partido Socialista. Ha culminado el plan de los poderosos para evitar un cambio sustantivo, institucional, de articulación nacional y de políticas económicas y sociolaborales. Se impone el continuismo político y económico ante las tres grandes demandas ciudadanas de cambio: una política socioeconómica de progreso en beneficio de la mayoría social frente a los recortes, la austeridad y la desigualdad; una profunda democratización y regeneración política frente al autoritarismo, la corrupción y el incumplimiento de la clase gobernante de sus compromisos sociales y electorales, y una solución democrática y solidaria de la plurinacionalidad frente al inmovilismo centralizador. Al fondo, una construcción europea más justa, democrática y solidaria frente a la hegemonía conservadora, la imposición de la austeridad y la dinámica xenófoba y disgregadora.

La operación de los poderosos, de garantizar la gobernabilidad y la estabilidad institucional del dominio de las derechas, con la colaboración del PSOE, y evitar la alternativa de un gobierno de

progreso, ha sido costosa y prolongada. Han tenido que emplearse a fondo, movilizar a sus resortes fuera y dentro del PSOE y destruirlo, aunque era una de las patas fundamentales del Régimen y su sistema de alternancia. Con su desgaste y asimilación solo cabe una auténtica alternativa. Pero, al final, ha sido parcialmente exitosa para el PP que, aun con una pérdida sustancial de sus apoyos electorales respecto de 2011, con su reafirmado poder institucional sale airoso de la época más regresiva, corrupta y autoritaria de la democracia y se enseñorea en su prepotencia y continuismo. Y aplaudido por sus colegas europeos y el mundo empresarial y de las finanzas.

No obstante, el plan restaurador del poder político-económico y los resultados de su recomposición institucional tienen unas grandes grietas que expresan su debilidad: su legitimidad social es frágil, persiste una amplia ciudadanía crítica, el aval socialista al continuismo con su renuncia al cambio es insostenible para mantener la confianza ante su base social y se consolidan, a pesar del continuado acoso, las fuerzas más significativas del cambio: Unidos Podemos y las convergencias. En el fondo, la fragilidad de la estrategia continuista deriva de no dar satisfacción a las demandas sociales y democráticas de la mayoría ciudadana, ya que significa su empeoramiento.

Son factores que señalan los límites de la hegemonía institucional liberal-conservadora y autoritaria en España. Y son vistos con preocupación por el establishment europeo y económico. A pesar del enorme poder económico y mediático que ampara a esta gestión de la derecha reaccionaria, la recuperación de la credibilidad social de sus políticas regresivas y sus gestores es limitada. Y se asienta en la desconexión de la dirección socialista respecto de su base social y su proyecto de cambio, aunque ya era limitado, retórico y circunscrito a un recambio de élite gubernamental. La dependencia de Ciudadanos y la renuncia del PSOE al cambio han hecho fuerte al PP.

El Partido Socialista sin proyecto autónomo

El Partido Socialista tiene un carácter ambivalente. El grueso de su militancia y su electorado es de base popular y cultura progresista y de izquierdas. La mayoría de su aparato dirigente está imbricado con el poder establecido (aunque debe cuidar su representatividad social). En época de crisis sistémica como la actual es más difícil conciliar los intereses, necesidades y demandas de ambas partes. Los grandes valores democráticos y de justicia social de la mayoría cívica pugnan contra la injusticia y el autoritarismo. El Partido Popular lo tiene más fácil. Su base social son las capas acomodadas y los sectores conservadores, menos sensibles a la cuestión social y territorial y a la importancia de la regeneración democrática.

En particular, la defenestración de Pedro Sánchez y el abandono de la mayoría socialista del NO al Gobierno del PP, les lleva a un callejón sin salida. Sin una oposición clara y contundente, su responsabilidad de Estado y sus compromisos con los poderosos legitiman a la derecha del PP, en perjuicio de la ciudadanía y su propio proyecto autónomo.

Las causas de su declive derivan, en primer lugar, de su compromiso con una gestión regresiva, de espaldas a la plurinacionalidad y con déficit democrático: desde los ajustes económicos y la reforma laboral del Gobierno Zapatero-Rubalcaba, en 2010, y la contrarreforma constitucional de 2011, junto con el PP, hasta su pacto de Gobierno con Ciudadanos, y excluyendo a Podemos y sus aliados y la posibilidad de una alternativa negociada y equilibrada. En segundo lugar, son fuente de su crisis el incumplimiento de sus obligaciones sociales y democráticas y la falta de respeto al contrato social y electoral con su base social y la ciudadanía. Se ha producido un fuerte distanciamiento, particularmente, de su militancia y el electorado socialista respecto de su representación política, expresada por la mayoría de su Comité Federal, su Comisión gestora y los barones territoriales. Han

incumplido su compromiso público de echar a Rajoy y cambiar sus políticas y se prestan a garantizarle su gobernación.

Además, como reconoce ahora P. Sánchez, cae por tierra la explicación 'socialista' de la responsabilidad de Podemos en la continuidad del Gobierno de Rajoy. El PSOE nunca quiso un Gobierno de progreso con Podemos y aliados. Se lo impedían los poderes económicos y mediáticos. Su acuerdo con Ciudadanos tenía la finalidad de bloquear una solución unitaria y real de progreso.

No es solo un problema de liderazgo, sino de estrategia y discurso, así como de pérdida de calidad democrática de su aparato, todo ello visto en directo en la escena mediática. Y aparte de la retórica ambigua, sectaria hacia las fuerzas progresistas y sin credibilidad social, su comportamiento real se ha subordinado al continuismo estratégico de los poderes fácticos y, ahora, a la hegemonía institucional de la derecha.

Ante esta situación de debilitamiento socialista y desafección de sus bases más dinámicas, jóvenes y urbanas, derivada de su reorientación social-liberal, no se vislumbra una solución renovadora y 'ganadora'. Todo lo contrario de lo que anuncia su nueva dirección. Están por ver los difíciles avatares del plan de Sánchez de retomar el liderazgo. Pero el PSOE, si no quiere profundizar su crisis y la desafección popular, deberá distanciarse de esa estrategia continuista, al menos con seriedad en el plano retórico. Pero ello supondría contemporizar con Unidos Podemos y las convergencias, apostar por un necesario giro socioeconómico progresista y democrático y abordar la cuestión catalana, que están en el inicio del veto político y el golpe orgánico de los poderes externos e internos.

Aunque tarde, y ahora como perdedor en el Comité Federal y dimisionario, es reveladora la constatación de P. Sánchez, en su entrevista en *Salvados*, sobre la necesidad de admitir un trato de igual a igual con Podemos (y sus aliados), abandonar su estrategia de aislamiento (como radical) y de descalificación discursiva (como populista) y contar también con los nacionalismos vasco y catalán

para poder avanzar realmente en un acuerdo de progreso. Aunque su insistencia en contar con Ciudadanos neutraliza, en gran medida, esa buena intención de buscar un nuevo equilibrio para un Gobierno realmente de cambio, que aborde un giro socioeconómico progresista, una democratización profunda y un encauzamiento de la problemática nacional.

En todo caso, está por ver si esta nueva posición, desde fuera del aparato dirigente, solo es una bandera para el reenganche de una parte de su base militante de apoyo para ganar las primarias internas y el Congreso (o evitar una completa derrota y marginación de sus estructuras de apoyo, incluido el PSC y el PSE). Y, si va en serio, se abre una confrontación abierta con la mayoría de la gestora (incluido con el liderazgo de Susana Díaz y demás barones y dirigentes históricos) y sus apoyos fácticos y mediáticos. El grupo de poder que sustenta la nueva dirección socialista va a intentar impedir (se ha visto que por todos los medios) un vuelco organizativo ni una reorientación estratégica. De sostener el grupo de Sánchez su determinación de nuevo liderazgo y aproximación a Unidos Podemos y los nacionalismos, sin artificios retóricos o ambigüedades, con seriedad y lealtad, se podrían abrir nuevas expectativas para el cambio institucional en España y, al mismo tiempo, se pueden profundizar las brechas internas entre ambos sectores, incluso escisiones, expulsiones o nuevas desafecciones.

Por tanto, en lo inmediato, la ausencia de una respuesta socialista creíble y autónoma de la derecha del PP (y C's) le incapacita para renovar su discurso y su proyecto, aspirar a recuperar su credibilidad social perdida, liderar la oposición parlamentaria y ser partido 'ganador'. Su 'oposición útil' no tiene credibilidad. Se encamina hacia la decadencia y la irrelevancia como eje alternativo.

Así, según las últimas encuestas electorales, en este otoño de 2016, habría perdido más de otro millón de electores respecto de los 5,4 millones de las elecciones de 26-J, que irían, de momento, mayoritariamente a la abstención, donde sigue manteniéndose el

millón perdido por Unidos Podemos -el 26-J, respecto del conseguido por separado el 20-D- que se recupera ligeramente pero con el tope de poco más de cinco millones. Por tanto, el Partido Socialista se podría acercar, temerosamente, a los cuatro millones de votos y el 17% del electorado, barrera que la ley electoral empieza a penalizar, produciéndose el temido *sorpasso* de Unidos Podemos y sus convergencias.

En todo caso, la movilización política y electoral de esos dos millones de votantes del campo progresista, hoy abstencionistas, sería fundamental para ganar a las derechas en las posibles, nuevas y adelantadas elecciones generales cuya convocatoria desgranará Rajoy tras mayo de 2017 y según el grado de deslegitimación social, oposición parlamentaria y bloqueo institucional derivado del continuismo político.

Sin embargo, en el peor de los casos del dominio institucional liberal conservador, y aun con la debilidad opositora del PSOE y su consenso con las políticas económicas, europeas y territoriales fundamentales o de Estado, esta estrategia continuista va a contar con escasa legitimidad popular, el rechazo de la ciudadanía crítica y la oposición social e institucional de Unidos Podemos y aliados. Los resultados positivos de la evolución económica son escasos y son a pesar de, no debidos a la actual política económica. A la persistencia y gravedad del paro, la desigualdad social y la precariedad laboral se suma la pérdida del poder adquisitivo de los salarios (una media del 9,2% desde el comienzo de la crisis en 2008 hasta el 2014, según el INE) y, a pesar de la baja inflación, también de las pensiones públicas. Estos factores condicionan también la duración del nuevo Gobierno conservador. Pero, su carácter injusto e ilegítimo facilita su cuestionamiento en los ámbitos social, político y cultural. Constituyen la oportunidad de porfiar en el cambio.

Nuevos retos y oportunidades para el cambio

El continuismo institucional y de las políticas públicas regresivas agrava los problemas reales de la mayoría ciudadana. Trae diversas consecuencias negativas para la gente y la democracia. Primera, un lavado de una élite política autoritaria e inmoral que representa lo más reaccionario de la derecha española y que controla importantes recursos públicos con los parabienes de la Troika. Segunda, el alejamiento del cambio institucional como palanca de unas políticas democráticas y de progreso, referencia para las fuerzas progresistas en el sur europeo en su camino por otra gestión de crisis, más justa, y una Unión europea más solidaria.

Tercera y la más directa para la ciudadanía, la persistencia de los graves problemas socioeconómicos para la mayoría, con un bloqueo de la situación de paro masivo y precariedad social y laboral, el incremento de la desigualdad y la ausencia de perspectivas de mejora futura de las condiciones vitales, los derechos sociales y los servicios públicos; todo lo contrario, la política económica y fiscal de austeridad, dictada por Bruselas y asumida por el nuevo Gobierno del PP, amenaza con otra fase de recortes sociales (empezando por otra vuelta de tuerca a las pensiones públicas), junto con las garantías del enriquecimiento de los ricos y el afianzamiento de su poder.

Es lógica la tendencia social de cierta frustración por el bloqueo del cambio institucional y democrático y la continuidad de las condiciones de subordinación y precariedad de la mayoría social, por el aplazamiento de una apuesta gubernamental inmediata para abordar los graves problemas socioeconómicos que afectan a la mayoría social, encauzar la problemática territorial y democratizar y regenerar la vida pública.

Es el momento para la reconstrucción del proyecto de cambio, para reflexionar sobre las causas y responsabilidades de este *impasse*. Por un lado, el giro liberal-continuista de la dirección socialista (y C's), con su renuncia al cambio real y su prepotencia frente a Unidos Podemos y aliados, ha evitado el aislamiento y la derrota del PP y ha terminado por darle su legitimación y aval. Pero,

por otro lado, es tiempo para desarrollar y asumir los nuevos retos transformadores partiendo de los puntos fuertes: la consolidación de las fuerzas del cambio, de su espacio social, su representación política y su gestión institucional.

La triple alianza (PP, C's, PSOE), con todo el poder establecido a su favor, tiene puntos frágiles. El bipartidismo anterior, con el clásico *turnismo*, está periclitado. Han tenido que juntarse para garantizar la 'gobernabilidad' y frenar el cambio. Ello supone el reconocimiento, de facto, de que no pueden controlar totalmente el proceso y está superado el sistema de simple alternancia. Tienen una relevante pérdida de legitimidad y permanece una amplia ciudadanía crítica. Su representación política, Unidos Podemos y convergencias, persiste y se consolida. Se inaugura otra fase de construcción de un nuevo equilibrio de fuerzas y una nueva oposición social y política para incrementar el apoyo electoral suficiente y garantizar el cambio institucional de progreso.

No obstante, había, hay y puede incrementarse una mayoría ciudadana por el cambio que choca con ese intento de consolidación regresivo y prepotente. La mayoría social está distanciada de la nueva mayoría institucional, del acuerdo tripartito (PP, C's, PSOE) de la investidura de Rajoy y la gobernabilidad de su mandato. Hay un choque de legitimidades. Ciudadanos se había presentado a las elecciones con un programa de 'cambio sensato'. El Partido Socialista proponía el 'cambio seguro'. Ambos decían defender el cambio (limitado), y así lo creyó el 40% del electorado, ahora descontento.

En la anterior legislatura ya se descubrió que su acuerdo consistía en su consenso programático en los dos asuntos principales (continuismo socioeconómico y de la cuestión territorial). Se centraban en intentar un recambio de la élite gubernamental, una leve renovación institucional echando del Gobierno al PP y Rajoy. Era un plan irreal e inconsistente. Ello suponía impedir un cambio sustantivo, en torno a un Gobierno de progreso, compartido entre

PSOE y Podemos y sus aliados, con un programa transformador razonable y realista, intermedio y negociado.

El giro progresista y el cambio institucional no han sido posibles. Existiendo una base electoral y representativa suficiente la opción de progreso ha sido bloqueada. Las responsabilidades no son similares o compartidas entre PSOE y Unidos-Podemos (y convergencias). Pues bien, tal como algunos decíamos entonces, ahora, por voz de un protagonista principal, Pedro Sánchez, se confirma que el PSOE nunca se planteó un gobierno alternativo de progreso ni una negociación seria y equilibrada con Podemos y aliados. Se lo impedían los poderes económicos y mediáticos, así como sus barones y dirigentes. Cae por tierra la explicación 'socialista' de la responsabilidad de los líderes de Podemos en la continuidad del Gobierno de Rajoy. El plan del poder establecido consistía en dos operaciones paralelas: desactivar la dinámica y las posibilidades de cambio real en España, a través del aislamiento de Podemos, Izquierda Unida y las distintas convergencias, y fraguar la incorporación de la dirección socialista a la 'estabilidad institucional' hegemonizada por la derecha, una nueva coalición presidida por la 'responsabilidad' y el consenso europeo.

Por tanto, la dirección socialista, los dos bandos en que ha cristalizado su reciente crisis interna, ha renunciado al cambio, no tiene un proyecto autónomo y ha quedado subordinada al regresivo y autoritario plan liberal-conservador dictado por el poder establecido y la derecha del PP. Ante la crisis del bipartidismo, comparten el intento de una recomposición de la clase política de un remozado Régimen en el que el PSOE no encuentra un espacio claro.

Lo que se ha producido es un cierre de la expectativa popular de un cambio institucional inmediato. No obstante, el ciclo político que comienza presenta nuevas oportunidades y nuevos retos para el cambio. La estrategia y la gestión continuista tienen los días contados. El Régimen no se hunde ni se derrumba, pero tampoco es completamente sólido. Tiene unas grietas significativas que lo debilitan. Con la determinación de las fuerzas del cambio y una

CRISIS POLÍTICA. Necesidad de una teoría alternativa

estrategia realista y ambiciosa, permiten promover su profunda transformación, bajo los valores de la justicia social y la democracia.

3. Límites de la teoría populista

Se ha abierto un debate político-ideológico entre varios líderes de Podemos y sus aliados (I. Errejón, J. C. Monedero, M. Monereo, B. Fernández...) que reflejan distintas sensibilidades a la hora de encarar sus estrategias presentes y futuras, incluido el debate sobre la construcción de una alternativa más unitaria con el conjunto de las confluencias e IU. No entramos en su significado dentro de los equilibrios internos o de liderazgo, cuyos detalles no conocemos. Tampoco valoramos las implicaciones políticas que necesitan un tratamiento específico en el actual contexto electoral, con el objetivo común de ganar las elecciones generales del 26-J e impulsar el cambio real a través de un Gobierno de progreso, de coalición y programa compartido con el PSOE. Aquí solamente apuntamos varias reflexiones de carácter teórico que subyacen en ese debate, para darle otra perspectiva y como contribución al mismo de la forma más rigurosa y constructiva posible.

Podemos, y todavía más si incorporamos las distintas confluencias, incluyendo IU y las distintas fuerzas de Unidad Popular, tiene una gran diversidad en sus influencias ideológicas. Una de las más significativas entre algunos de sus dirigentes es la teoría populista de E. Laclau (*La razón populista*, 2013). Sin detallar una valoración de la misma exponemos algunos de sus puntos polémicos, así como las ideas marxistas más débiles, suscitados en el referido debate. (Un desarrollo más extenso está en el reciente libro *Movimiento popular y cambio político. Nuevos discursos* -ed. UOC-)

La ambigüedad ideológica del populismo

La primera insuficiencia de la teoría populista es su ambigüedad ideológica. En el plano analítico y transformador es central explicar y apoyar (o no) el proceso de identificación y construcción de un sujeto, llamado 'pueblo', precisamente por su papel, significado u orientación político-ideológica, es decir, por su dinámica emancipadora-igualitaria (o nacionalista, xenófoba y autoritaria).

Lo que criticamos de la teoría de Laclau es, precisamente, que se queda en la lógica política de unos mecanismos, como la polarización y la hegemonía, pero que son indefinidos en su orientación igualitaria-emancipadora si no se explicita el carácter sustantivo de cada uno de los dos sujetos en conflicto (amigo/enemigo) y el sentido de su interacción.

Por otro lado, nos distanciamos de la interpretación marxista convencional (estructuralista según Althusser): lucha de clases y hegemonía inevitable de la clase obrera, derivada de su posición en las relaciones de producción y que aseguraría su avance hacia el comunismo. Laclau (postmarxista) pretende superarla, pero cae en otra unilateralidad: la infravaloración de la experiencia vivida y compartida de las capas populares en sus conflictos sociopolíticos con las élites dominantes, teniendo en cuenta su posición de subordinación y su cultura, así como la sobrevaloración del discurso en la configuración del sujeto social. Así, el estructuralismo mecanicista o economicista, infravalora a los actores reales, sus condiciones, su articulación y sus valores (la agencia). Lo específico de ese determinismo económico no es tanto la afirmación o negación de la primacía de lo material, aunque su concepción del 'ser social' sea mecanicista, como realidad pasiva y excluyendo su cultura, en la doble acepción de ideas o valores y costumbres, hábitos o conductas, que formaría parte de la 'conciencia social'. El idealismo althusseriano consiste, sobre todo, en

Un universo conceptual que se engendra a sí mismo y que impone su propia idealidad sobre los fenómenos de la existencia material y social, en lugar de entrar con ellos en una ininterrumpida relación de diálogo... La categoría ha alcanzado una primacía sobre el referente material; la estructura conceptual pende sobre el ser social y lo domina" (Thompson, Miseria de la teoría, 1981: 28-29).

En el ser social, en el sujeto, debemos incorporar no solo sus condiciones materiales de existencia, sino cómo son vividas y

pensadas. La conciencia social forma parte e influye en el ser social, no es solo un mero reflejo de una estructura material (sin sujeto). Y la reflexión compartida de esa experiencia permite interpretarla, elaborar nuevos proyectos de cambio y promover la transformación de la sociedad.

No obstante, la reacción (acertada) a la primacía del ser social pasivo y la reafirmación (post-estructuralista) del discurso, perviven en la teoría populista con otro tipo de idealismo abstracto (desacertado), con similar hilo conductor: la sobrevaloración del evidente impacto de las ideas o el discurso como causa determinante en la construcción de la identidad y la pugna de los sujetos colectivos, dejando en un segundo plano la experiencia ciudadana de articulación social, económica y política.

J. C. Monedero (*Las debilidades de la hipótesis populista y la construcción de un pueblo en marcha*), al remarcar sus diferencias con I. Errejón, apunta alguna deficiencia similar de la teoría populista: “Laclau quiere convertir el cambio social en un discurso y, con bastante probabilidad, lo desactiva”. Aunque, más bien cabría decir que Laclau pretende un cambio social y político a través del desarrollo del discurso (la hegemonía cultural) y no acierta con los adecuados criterios teóricos, dinámicas político-ideológicas y estrategias transformadoras para impulsar un proceso igualitario-emancipador.

Hay una diversidad de movimientos sociales con rasgos comunes de tipo ‘populista’ pero son muy distintos, incluso completamente opuestos, por su carácter ‘sustantivo’, su significado respecto de la libertad y la igualdad de las capas populares. Ese carácter ‘indefinido’ o ambiguo en el papel y la identificación ideológico-política de un movimiento popular es el punto débil de esa teoría populista. Es incompleta, porque infravalora un aspecto fundamental. Nos vale poco una teoría que no sirve para explicar y favorecer un proceso de transformación liberador y solidario, y que es solo una ‘técnica’ o lógica política (polarización, hegemonía) que se puede aplicar, indistintamente, a movimientos populares antagónicos por su contenido o significado. La garantía de basarse en las

‘demandas’ salidas del pueblo, sin valorar su sentido u orientación, es insuficiente. Ese límite no se supera en el segundo paso de unificarlas, nombrarlas o resignificarlas (con significantes vacíos) con un discurso y un liderazgo cuya caracterización social, política e ideológica tampoco se define.

Así, la palabra populismo no es una referencia adecuada para significar un proyecto ‘nacional-popular’ (plurinacional en España). Además, como reconoce I. Errejón, es una palabra no ganadora para atraerse a las mayorías sociales. El adjetivo adicional de ‘izquierda’ la mejora pero no resuelve su carácter polisémico. Es necesaria otra identidad con otro significante para expresar el significado transformador de fondo democrático-igualitario-emancipador (con componentes comunes al de otras tradiciones progresivas). Y en el marco europeo es ineludible la diferenciación frente a las ascendentes tendencias populistas de derechas, xenófobas, regresivas y autoritarias.

El populismo de izquierda, como teoría del conflicto social, presenta ventajas respecto del consenso liberal, defensor del poder establecido. La particularidad en España es que esos líderes de Podemos han superado los límites de esa teoría y han demostrado una superioridad política, moral e intelectual respecto de los dirigentes de la derecha y la socialdemocracia, atados a los poderosos. La han completado por el contenido cultural, la experiencia sociopolítica y el carácter progresista y de izquierdas de unas élites asociativas y políticas, dentro de un movimiento popular democrático y con los valores de justicia social; es decir, por el tipo de actor (o sujeto) existente. El éxito de Podemos (y sus confluencias) no deriva tanto de las bondades de esa teoría, cuanto de la capacidad política de sus dirigentes para interpretar, representar y dar cauce institucional, con suficiente credibilidad, a la experiencia sociopolítica (el rechazo contra las políticas regresivas y autoritarias del poder establecido), la cultura (democrática y de justicia social) y las demandas de cambio de una ciudadanía activa progresista conectada con una amplia corriente social indignada.

La mezcla de espontaneísmo y constructivismo no es suficiente

La segunda insuficiencia de Laclau es que parte del proceso de conformación de las demandas ‘democráticas’ de la gente como algo dado; y a partir de ahí expone toda su propuesta (equivalencias, discurso, articulación) para transformarlas en ‘demandas populares’ frente a la oligarquía. Sin embargo, la explicación y el desarrollo de ese primer paso es clave, ya que está condicionado por todo lo que expresamos como relevante para nuestro enfoque: condiciones, estructura, cultura, experiencia, conflictos... de los actores y su sentido emancipador-igualitario. El segundo paso se convierte en ‘constructivista’.

Pero, además, Laclau admite ese constructivismo, esa ‘independencia’ de las condiciones materiales y relacionales de la gente y los actores, porque lo considera una virtud (como superador del marxismo o estructuralismo). Como efecto péndulo de su crítica al determinismo, se pasa a otro extremo idealista, como Touraine, que prioriza como causa explicativa el cambio cultural del sujeto individual. En ese eje -estructura/agencia- nos ponemos en el medio, en su interacción, en la importancia de la experiencia de la gente, aun con sus límites (Thompson, 1981: 18 y ss.).

Por el contrario, (de forma simplificada) Laclau defiende un ‘espontaneísmo’ articulador del pueblo (en el primer paso), combinado con el discurso y el liderazgo (en el segundo paso); aunque no define su orientación y composición, solo que represente o unifique las demandas populares, que todavía no sabemos qué significación ética tienen. No es equilibrado en su interacción; además, seguiríamos sin superar la ambigüedad de su sentido. Es imprescindible la interrelación de los distintos segmentos del movimiento popular, incluido sus élites, medios de comunicación e intelectuales, y contar con su posición social y política.

Además de la confianza excesiva en la espontaneidad articuladora (anarquizante), hay que superar también el otro extremo:

la suplantación del activismo vanguardista o elitista y del discurso. Existe, por un lado, el clásico partido elitista o de vanguardia (leninista, trotskista o socialdemócrata) y, por otro lado, el 'movimiento' con el que se relacionaba (movimiento obrero, nuevos movimientos sociales o el nuevo sujeto pueblo). La función y los mecanismos de mediación o interacción se han modificado, pero siguen sin estar bien resueltos. El concepto de partido-movimiento pretende abordar ese doble papel aunque falta por articular su relación con el resto de movimientos y su autonomía, dando por supuesto que en la formación de los sujetos colectivos tienen un papel decisivo la comunicación, la 'nominación' o la conciencia individual.

Podemos y sus aliados (incluyendo IU-UP) han conseguido ser reconocidos como representantes políticos por seis millones de personas. Su discurso y su liderazgo, con un plan rápido y centralizado de campaña electoral prolongada, han sido suficientes para obtener ese amplio reconocimiento como cauce institucional de una masiva ciudadanía descontenta. Pero ese electorado se ha construido sobre la base de la existencia de un campo sociopolítico indignado, conformado por todo un ciclo de protestas sociales progresivas, con un activo movimiento popular y miles de activistas sociales. Está terminando este ciclo electoral, de reajuste institucional, político y representativo. El nuevo ciclo, consolidar y ampliar las fuerzas del cambio e impulsar transformaciones políticas y socioeconómicas de calado, exige una nueva articulación de esas dinámicas populares, junto con la nueva representación institucional, y nuevos discursos y estrategias, particularmente en el ámbito europeo frente al decisivo poder liberal-conservador.

Por tanto, hay dos cuestiones entrelazadas: Cómo construir un sujeto social o político (llámese pueblo, clase social o nación) y qué tipo de sujeto (el sentido de su papel y orientación). El proceso de identificación colectiva está unido a los dos elementos y es indivisible (salvo analíticamente). Se basa en la experiencia, la vida, la cultura y el comportamiento de la gente concreta; se define por su papel

respecto de la igualdad y la democracia, los dos grandes valores de la ilustración, la modernidad progresista y la mejor tradición de las izquierdas.

Populismo de ‘izquierda’ y ‘radicalización democrática’, complementos ‘sustantivos’ pero insuficientes

La posición de no diferenciar claramente el populismo de izquierda del populismo de derecha es un ‘inconveniente’. Hay que explicar su inclinación ideológica o su significado político, a lo que se resiste la versión más ortodoxa, más indefinida. Con esa denominación se completaría la lógica ‘populista’ (similar en abstracto) con el contenido de izquierdas -o derechas- (antagónica en lo sustantivo). Igualmente, se debería añadir como consustancial a ese populismo de izquierda la tarea de ‘radicalización democrática’. Con ello corregimos la pureza rígida del último Laclau e incorporamos dos ideas (o valores, doctrinas y proyectos) básicas y fundamentales, la igualdad y la democracia. No serían significantes vacíos a la espera de su utilización según su función unificadora. Sino alternativas programáticas fundamentales desde las que elaborar la estrategia de cambio y promover la conciencia social y el conflicto político. Incluso son elementos clave de un relato o mito identificador del sujeto político pueblo (progresivo). Es lo que, en cierta medida y sin valorarlo, hace la dirección de Podemos (y sus aliados) donde se mezcla ese componente discursivo populista con una tradición de izquierda (marxista) y una experiencia democrática (su activismo social y político previo en movimientos sociales, más abiertos y participativos).

Esa incorporación ideológica o de contenido sustantivo al simple esquema o lógica populista es lo que, en parte, hace Ch. Mouffe en su conversación con I. Errejón, en la que corrige a Laclau (*Errejón y Mouffe, Construir pueblo, 2015: 111 y ss.*). Con ello se superaría (parcialmente) el problema de la ambigüedad o el ‘vacío’ de las

propuestas identificadoras populistas. Tendríamos dos componentes 'sustantivos' -igualdad, democracia- para completar su estrategia constructiva y procedimental de 'pueblo'. Algunas de esas reflexiones vienen de lejos y estaban expuestas hace tiempo por Laclau y Mouffe. Pero el Laclau de La razón populista no avanza por ese camino, retrocede; solo duda del carácter insuficiente de su teoría ante los horrores del etnopopulismo (yugoeslavo). Y lo sintomático es que Errejón, ante la insistencia de Mouffe, presionada por la necesidad en Francia de diferenciación con el populismo ultraderechista de Le Pen, tampoco avanza y sigue los postulados más ortodoxos del último Laclau. La reafirmación de éste en separar, prescindir o relativizar el contenido sustantivo de un movimiento popular y su papel sociopolítico y cultural o, si se quiere, relacional e histórico, es un inconveniente no una ventaja en el doble plano, analítico y normativo.

La 'transversalidad' tiene un límite ideológico (igualdad-libertad-democracia o derechos humanos) y otro político-social (gente subordinada o solidaria). No se puede aplicar o no puede ser neutra en los conflictos con esos intereses y valores, aunque sí sirva para superar ideas marxistas de 'izquierda' política o 'clase' trabajadora, que serían restrictivas.

La posición populista rígida es que la elección de significantes, discurso clave para la polarización hegemónica, no debe estar condicionada por nada previo o relacional (material o ideológico); solo por su eficacia para convertir las demandas parciales en identificación del pueblo, mediante esa construcción de identidad hegemónica. La teoría de Laclau insiste en la abstracción o infravaloración de la realidad y el contenido sustantivo de un movimiento popular, que considera innecesario o contraproducente para tener más posibilidad de elegir (nominar) una idea 'populista', construir 'pueblo' y ganar hegemonía y poder (sin definir su papel y orientación).

Así, el concepto y la función de 'significante vacío' son insuficientes; desde su visión constructivista una palabra o consigna

puede cumplir funciones ‘unificadoras’ de las demandas democráticas o parciales realmente existentes. Pero esa tarea no la valora desde el punto de vista ideológico-político, de avance o retroceso para la igualdad y la libertad (del pueblo). Prioriza su función ‘identificadora’ a partir de las demandas parciales, dando por supuesto que éstas están dadas y son positivas en su articulación hegemónica frente al poder oligárquico, aunque tampoco asegura su orientación política e incluso admite una pluralidad de efectos antagónicos – progresivos/emancipadores y regresivos/autoritarios.

En ese autor hay también una infravaloración del contenido político-ideológico o ético de un movimiento popular y, en consecuencia, del tipo de cambio político que promueve. Esa pluralidad de realidades en que se concretaría su teoría demuestra una desventaja, no un elemento positivo o conveniente. Es incoherente al juntar tendencias con diferencias y antagonismos de sus características principales. Esa interpretación o comparación basada en el ‘mecanismo’ común refleja esa ambigüedad ideológica y confunde más que desvela la realidad tan diferente, incluso opuesta, de unos movimientos u otros (ya sea Le Pen con Podemos, el nazismo con el PCI de Togliatti, el populismo latinoamericano con la Larga Marcha de Mao o los Soviets, o el etnopopulismo y el racismo con los nuevos movimientos sociales y de los derechos civiles).

¿Para qué sirve meterlos todos en el mismo saco de ‘populistas’? ¿Para destacar la validez teórica de una teoría por su amplia aplicabilidad histórica? Pero, esa clasificación, qué sentido tiene; ¿solo el de resaltar un ‘mecanismo’ constructivo, el del antagonismo amigo-enemigo, en oposición al consenso liberal y en vez de la clásica lucha de clases –completada en este caso por la ideología del comunismo? Esa diversa y amplia aplicabilidad no demuestra una teoría más científica (u objetiva) sino menos rigurosa y más unilateral.

Esa ambigüedad político-ideológica refleja su debilidad, su abstracción de lo principal desde una perspectiva transformadora:

analizar e impulsar los movimientos emancipadores-igualitarios de la gente subalterna. Para ello la teoría populista sirve poco y distorsiona. Como teoría del 'conflicto' (frente al orden) es positiva en el contexto español, con actores definidos en ese eje progresista-reaccionario. El partir de los de abajo le da un carácter 'popular'. Pero, lo fundamental de su papel lo determina según en qué medida conecta y se complementa con un actor social progresista, con su cultura, experiencia y orientación sustantiva... igualitaria-emancipadora (como en España). Aquí, sus insuficiencias teóricas se contrarrestan, precisamente, con el contenido sustantivo progresivo (justicia social, democracia...) de la ciudadanía activa española y sus líderes, incluido los de Podemos, que se han socializado en esa cultura progresista, democrática... y de izquierda (social).

Por otro lado, Laclau pone de relieve o supera algunas deficiencias de la clásica interpretación estructural-marxista y su lenguaje obsoleto. Pero se va al otro extremo constructivista. Y, sobre todo, no tiene o infravalora elementos internos sustantivos (éticos o ideológico-políticos) para evitar su aplicación o su conexión con actores autoritarios-regresivos. Es su inconveniente y nuestra crítica principal. Podríamos también decir: menos Laclau y más Kant.

En definitiva, dada la importancia de las necesidades políticas y estratégicas del movimiento popular en España, la diversidad de corrientes de pensamiento entre las fuerzas alternativas y, específicamente, la tarea de cohesión y consolidación de las nuevas élites representativas en torno a Podemos y el conjunto de sus aliados y confluencias, son imprescindibles un esfuerzo cultural y un debate teórico, unitario, riguroso y respetuoso, para avanzar en un pensamiento crítico que favorezca la transformación social en un sentido democrático-igualitario-emancipador.

4. Republicanismo populista y teoría alternativa

La hipótesis de partida son las dificultades para elaborar una nueva teoría alternativa crítica, los límites del campo teórico progresista, particularmente en la (ciencia, sociología o filosofía) política con vocación transformadora. La proliferación de muchas nominaciones y alternativas (populismo, marxismo, nueva socialdemocracia, anticapitalismo, republicanismo...) expresa su fragmentación y la pugna discursiva, a veces entre la rigidez y el eclecticismo, con resultados escasos. La consecuencia es la distancia existente entre esa debilidad discursiva y la experiencia, las responsabilidades y las tareas prácticas y estratégicas de las nuevas fuerzas del cambio.

La primera parte es un intento explicativo de esa problemática y sus dificultades para superarla. El análisis se realiza por su impacto y su influencia con la construcción de este nuevo sujeto político. Deja al margen el agotamiento del pensamiento socialdemócrata como desvelamiento crítico y su deslizamiento hacia el socioliberalismo y la legitimación del orden existente. La segunda parte se centra en algunas de sus características y aportaciones, específicamente la conexión entre el republicanismo institucional y el marxismo-populismo, donde confluyen dos de los pensamientos más significativos de Unidos Podemos y sus confluencias, aliados y apoyos. La tercera parte, explica un aspecto particular, el análisis del carácter ambivalente del Estado y su implicación para una estrategia transformadora. Finalmente, la cuarta parte trata de la conformación del sujeto de cambio.

Desafíos para una teoría alternativa

Valen muchas ideas de distintas tradiciones de izquierda, progresistas e ilustradas, pero la selección de las aportaciones más adecuadas y el rechazo de las inadecuadas es una tarea delicada que

afecta a su relación con la realidad actual y la legitimidad de los representantes de cada corriente política y de pensamiento.

La conclusión que adelantamos es la necesidad de un esfuerzo teórico específico, crítico, riguroso, respetuoso y constructivo que partiendo de las dificultades actuales y aceptando la pluralidad existente ponga el acento en la elaboración de un nuevo pensamiento sociopolítico alternativo, basado en la democracia y la igualdad social. Supone la superación de esquemas pasados y acentuar su carácter realista y objetivo, con la perspectiva de una transformación profunda o radical. Su desarrollo debe estar ligado a esa función principal de la teoría crítica: interpretar y comprender la realidad para ayudar a transformarla. Por tanto, más que etiquetas, relacionadas con doctrinas pasadas y que la hacen rehén de prejuicios establecidos, lo importante es la capacidad explicativa de las nuevas realidades y, particularmente, de las tareas del cambio.

En consecuencias, esta actividad de reflexión discursiva, no exclusiva de los intelectuales o los dirigentes partidarios, debe ser relevante para el conjunto de activistas sociales y políticos. Debe ayudar a comprender la realidad y a la transformación democrática e igualitaria de la sociedad. Especialmente, debe facilitar el debate y la unidad de las fuerzas del cambio y avanzar en la pugna cultural y política frente a las corrientes dominantes, reaccionarias y liberal conservadoras. El mantenimiento de estas deficiencias teóricas, que se pueden hacer extensibles a la mayoría de países europeos, tiene un mayor coste en España, dada la mayor dimensión de las necesidades prácticas del cambio social y político. Dicho de otro modo, el avance de las nuevas fuerzas alternativas necesita de una mejora sustancial del desarrollo y el debate teórico alternativo.

Las influencias ideológicas en Podemos son muy diversas. Y si se amplía el análisis al conjunto en este conglomerado político, con sus confluencias e IU, a la lógica del 'conflicto' político, de influencia de la nueva socialdemocracia (P. Iglesias) o el populismo republicano (I. Errejón), añadiríamos otros pensamientos y dinámicas ideológico-

políticos progresistas con matices propios: eurocomunista gramsciano (ICV, Mónica Oltra-Compromís), *movimentista* y soberanista (Ada Colau-Barcelona en Comú, En Marea), nacionalista de izquierdas (Xosé Manuel Beiras-Anova, Joan Baldoví-Compromís), marxista-trotskista (Teresa Rodríguez, Miguel Urbán), eco-socialista (ICV, Equo) y marxista-comunista (Alberto Garzón-IU); o, en fin, posiciones libertarias o autogestionarias e ideas postmodernas en distintas corrientes... Y si incorporamos dinámicas progresivas similares en Europa o con puntos en común, nos encontramos con el eurocomunismo renovado y radical (Syriza griega, Bloco portugués...), el socialismo crítico (en corrientes laboristas o de izquierdas del Reino Unido y Francia y menos en Alemania, Italia y España), el eco-pacifismo (Verdes alemanes) o el 'populismo' postmoderno (M5Estrellas, italiano).

Todo ello nos ofrece un panorama complejo y diverso, con pugnas competitivas por la preponderancia o hegemonía de unas posiciones ideológicas u otras, al mismo tiempo que con posiciones eclécticas, intermedias o mixtas entre pensamientos distintos. La existencia de ciertos esquematismos y rigideces doctrinales se combina con la ausencia de preocupación intelectual o discusión teórica serena y argumentada y la inercia del simple activismo práctico. La tendencia dominante es la de un perfil ideológico suave y el predominio del realismo y el pragmatismo político, lo cual es positivo respecto de las dinámicas más cerradas y dogmáticas del pasado. Al mismo tiempo, también existen reacciones fanáticas o intolerantes junto con sectarismos ideológicos y corporativos.

No obstante, la emergencia del conflicto social y político y de nuevas fuerzas del cambio, además de la necesidad de un nuevo análisis concreto y una elaboración política y estratégica, está exigiendo un avance en la reflexión teórica. Los criterios, enfoques y doctrinas existentes, en el ámbito académico y fuera de él, se han quedado envejecidos y, muchos de ellos, obsoletos o contraproducentes; es decir, oscurecen más que clarifican la realidad

y su transformación progresista. La situación es de cierto atraso analítico, con dificultad en el desarrollo de las capacidades interpretativas y normativas de un pensamiento político crítico y transformador. Convive con la fragmentación de enfoques y la inercia acomodaticia por la utilización de esquemas anteriores disponibles sin explicar las particularidades del contexto presente y el ineludible marco europeo. Se debilita su función de aportar lucidez a la experiencia práctica y la acción social y política por la democracia y la igualdad.

La exigencia colectiva es la de una elaboración y un debate teórico específico, vinculado con el cambio político pero superador del inmediatismo de la acción social y política cotidiana. Se trata de contrastar las opiniones, de forma rigurosa y respetuosa, actualizando y superando las doctrinas viejas, y estableciendo ciertas bases comunes de un pensamiento social y político más crítico y adecuado a la nueva fase histórica, que sirva para consolidar un proyecto de cambio. Nos atañe, particularmente, a la intelectualidad progresista, lamentablemente, la mayoría de ella condicionada por esquemas del pasado e intereses del presente. La oportunidad es dar un impulso a la teoría social y política que favorezca la transformación sociocultural, económica e institucional y facilite la cohesión de las fuerzas del cambio.

No se trata de buscar o imponer la hegemonía de una escuela de pensamiento u otra y menos hacerla oficial, sino de avanzar en el entendimiento y la convivencia en la diversidad teórica o ideológica, encauzando el debate plural y la coherencia discursiva de forma unitaria y argumentada.

En definitiva, por un lado, hay un escaso y sesgado debate teórico en Unidos Podemos y sus aliados y, en general, en el ámbito intelectual progresista y de izquierdas. Ello en un ambiente mediático y político hostil. Por otro lado, es importante la discusión en este ámbito teórico, con grandes insuficiencias, comparado con la dimensión de los problemas políticos y estratégicos de las fuerzas del

cambio en España y en Europa. La conclusión es un desafío: hay que superar los límites de la actual teoría alternativa, con un talante riguroso, unitario y constructivo.

El debate sobre el republicanismo populista

Uno de los pensadores más interesantes del panorama intelectual español es el filósofo Carlos Fernández Liria, uno de los teóricos de referencia de la dirección de Podemos. En su reciente publicación *En defensa del populismo* (La Catarata, 2016), objeto de estas líneas, pone el acento en el republicanismo institucional del que pivota su tipo de populismo particular o heterodoxo (en el ámbito cultural), y que intenta conciliar con su marxismo (en el ámbito económico). A pesar de la rotundidad de su título y de destacar la ‘dimensión populista’ (emotivo-pasional) de la acción pública, el aspecto central es la revalorización del pensamiento ilustrado y el republicanismo institucional como eje de la acción política, diferenciado del núcleo teórico populista de E. Laclau como lógica política. Su resumen: *más Kant y menos Laclau*.

Su libro se ha presentado en medio de la división entre partidarios de P. Iglesias e I. Errejón, el drástico cese del anterior Secretario de Organización, y el intento de la dirección de Podemos de definir un perfil teórico-político. El primero en lo que él denomina ‘nueva socialdemocracia’, el segundo confirmando los postulados populistas de Laclau. En este incipiente y, a veces, bronco intercambio polémico han participado otros autores como J. C. Monedero, con otras posiciones particulares críticas con Laclau.

Además, cabe citar a Luis Alegre, su alumno más aventajado y prologuista de su libro; es secretario general de Podemos en la Comunidad de Madrid, filósofo y próximo a Iglesias en la pasada crisis interna en Madrid respecto del sector vinculado con Errejón. Ambos filósofos han colaborado en otro libro sobre Marx (*El orden de El Capital. Por qué seguir leyendo a Marx*, Akal, 2010). La disputa

teórico-política se entrelaza con la organizativa, cuestión ésta que queda al margen de esta reflexión.

Fernández Liria, a su defensa actual del republicanismo (institucional), incorpora la 'dimensión populista', habiendo evolucionado desde un anterior marxismo ortodoxo (estructuralista-althusseriano). Hay que recordar que Laclau (y Ch. Mouffe), el teórico del populismo, había sido, primero, marxista-estructuralista y luego se definió como 'post-marxista' y populista. Hace unos meses nuestro autor publicó el libro *El marxismo hoy. La herencia de Gramsci y Althusser* (Ed. El País, 2015), donde se reafirma en estos dos autores marxistas (parcialmente contradictorios). Constituye una mezcla de ideas marxistas con la llamada 'dimensión populista', aunque diferenciada de la posición de populismo ortodoxo de Laclau al que menciona críticamente, y sobre los que no voy a entrar ahora. Es, pues, una referencia teórica, con rigor académico, que legitima ideas clave para dirigentes y activistas de Podemos, muchos de ellos ex o semi-marxistas o con influencias populistas.

Por tanto, tras este pequeño enmarcamiento y con ocasión de este libro y la apertura de un debate sobre el perfil ideológico de Podemos, expongo algunas reflexiones sobre el republicanismo institucional que persiguen contribuir al esclarecimiento de algunos temas teóricos y estratégicos que subyacen.

Su texto recoge un aspecto relevante: la 'dimensión populista', la importancia de lo pasional o emotivo y, más ampliamente, de la subjetividad, la identidad y la sexualidad. Además, insiste en la importancia clave de 'republicanizar' al populismo, es decir, incorporar a las instituciones políticas el movimiento popular, gestionar desde ellas el cambio político y hacer frente al auténtico problema: el económico (o capitalismo). Todo ello revalorizando los valores de la ilustración que asocia, fundamentalmente, con el Estado de Derecho.

Son de interés las correcciones de Fernández Liria a la teoría de Laclau. Su propuesta, como se avanzaba, es: *más Kant y menos*

Laclau; o sea, más ilustración y menos teoría populista. Es decir, los ejes de su pensamiento serían tres: 1) más republicanismo –o nueva socialdemocracia- en lo político-institucional, con criterios ilustrados; 2) persistencia del marxismo (estructuralista) en el análisis económico, y 3) revalorización de la dimensión populista-pasional en lo político-cultural, dejando al margen el núcleo duro de la teoría de Laclau, la polarización política en la construcción del sujeto-pueblo frente al poder oligárquico.

A mi modo de ver dos son sus mayores aportaciones que conviene matizar: a) la visión instrumental de las instituciones ‘republicanas’ (democrático-liberales) del Estado ‘moderno’, con el riesgo de acentuar su cierta neutralidad político-ideológica respecto de la cuestión social y el conflicto político y, por tanto, considerar que el poder institucional, los actuales regímenes democráticos, deje de ser objeto fundamental de pugna y transformación profunda; b) la importancia del componente ‘subjetivo-pasional’, que asocia a la dimensión nueva del populismo frente a la exclusiva racionalidad de una parte de la ilustración, la derecha liberal y la ‘vieja’ izquierda. Ambas posiciones, republicanismo y dimensión subjetivo-cultural, son positivas respecto de la tradición anterior estructuralista-determinista y la del llamado izquierdismo economicista y antisistema. Forman parte del debate histórico sobre el cambio social y político y es bueno volver sobre ellas para valorar sus límites.

La primera, la configuración del Estado democrático como institución defensora del interés general, constituye el bagaje de la Ilustración, y fue desarrollada por el liberalismo político, la socialdemocracia clásica y, parcialmente, por el eurocomunismo. La segunda, la dimensión emocional, hunde sus raíces en el empirismo de la ilustración británica frente al racionalismo de la ilustración francesa, pasando por la posición intermedia de la ilustración alemana (Kant), así como el romanticismo y el nacionalismo; fue ampliada por algunas tendencias ‘psicológicas’ de izquierda (desde la Escuela de Frankfurt, hasta Marcuse, la explosión del Mayo francés,

las corrientes feministas y la 'nueva' izquierda). Aunque ahora la destaca o se asocia al populismo, no es exclusiva de él, como bien explica D. Innerarity (*La política en tiempos de indignación*, Galaxia Gutenberg, 2015).

Por otra parte, en las últimas décadas, la crisis del marxismo y el agotamiento del post-estructuralismo (con sus dispersas y contradictorias tendencias), expresa las dificultades para elaborar una teoría social y política realista y, al mismo tiempo, emancipadora. De ahí, que resurja la vuelta a las teorías pasadas, incluido el propio marxismo, para intentar paliar el vacío interpretativo existente. En todo caso, existen aportaciones diversas, algunas de las propias tradiciones ilustradas y progresistas, desde las que avanzar en un pensamiento crítico. No es deseable aferrarse a una ideología completa y cerrada, pero sí es imprescindible un pensamiento que sea riguroso y adecuado para comprender el mundo y facilitar su transformación. En este contexto de nuevas energías sociales, junto con una trayectoria intelectual limitada y fragmentada, hay que situar el interés de las aportaciones teóricas, como las de este republicanismo institucional con elementos de marxismo-populismo, así como sus insuficiencias, para intentar dar un paso más en un esfuerzo teórico y crítico.

Republicanismo y transformación del poder

No me detengo en el análisis de la teoría populista, que trato extensamente en otra parte (*Movimiento popular y cambio político. Nuevos discursos*, UOC, 2015). Me centro en el primer aspecto destacado: el carácter del Estado y su transformación. Tiene que ver más bien con la tradición ilustrada institucionalista y la propuesta socialdemócrata. Fernández Liria corrige o complementa la 'ambigüedad ideológica' de la teoría populista de Laclau destacando, acertadamente, la importancia del contenido republicano-ilustrado. Mi crítica a la teoría de Laclau va en el mismo sentido, y es un punto de

acuerdo con esa revalorización democrática y de los (mejores) valores ilustrados. La lógica política populista (polarización y hegemonía) da poca relevancia a la necesidad de un contenido sustantivo para expresar el significado del conflicto político, el sentido de un movimiento popular; en mi caso, defendiendo la democracia (republicana) y la igualdad (social y económica), como componentes fundamentales de un proyecto de cambio. La reforma del poder debe ser democrática, profunda y firme.

No obstante, Fernández Liria propone un republicanismo 'institucional', en una interpretación algo restrictiva de la democracia o la democratización, como participación popular en las instituciones e imperio de la ley. Pero ese concepto va más allá de la expresión de la simple incorporación de las fuerzas transformadoras a las instituciones políticas. Además, democracia (republicanizar) es fundamentalmente igualdad jurídica y de derechos civiles y políticos y, en el mejor de los casos, posibilidad de acceso al poder gubernamental de las fuerzas del cambio, regulación de la plurinacionalidad y construcción europea más participativa.

El republicanismo defiende la ampliación de la dinámica participativa de la ciudadanía. Es una mejora respecto de la democracia exclusivamente liberal o fundamentalmente vía electoral, al insistir en la participación y articulación de la gente en los distintos ámbitos, políticos, sociales y culturales. En ese sentido, lo más avanzado, aunque insuficiente, es el llamado 'republicanismo cívico' (de Philip Pettit o Hannah Arendt), referencia retórica en el primer Gobierno de Zapatero, tras las grandes movilizaciones contra la guerra de Irak y su conversión en exigencia de cambio gubernamental. Igualmente, es un avance adjetivar al populismo con la palabra 'republicano' (o progresista o de izquierdas), para diferenciarlo claramente del populismo autoritario, regresivo o de derechas, ya que incorpora explícitamente ese componente participativo-democratizador, aun con el énfasis en la gestión institucional.

Sin embargo, hay que dar un paso más: esa democratización o republicanismo debe ser profundo (o radical según Mouffe) y se debe completar con el cambio de políticas y modelos sociales y económicos, así como con el reequilibrio de las estructuras de poder institucional. Todavía más en esta época de crisis social y económica y predominio de políticas regresivas de ajuste y austeridad con graves consecuencias sociales para la mayoría de la población.

Así, necesariamente, la democracia (republicana o participativa) debe ir acompañada de dos dinámicas combinadas. Por una parte, de la igualdad social (en las estructuras sociales, incluida la de género y la interculturalidad) y la igualdad económica (incluido en el ámbito laboral), con un modelo de desarrollo sostenible ecológicamente. Por otra parte, del cambio en las estructuras desiguales del poder político, no solo representativas sino fácticas. Es cuando aparece la principal dificultad transformadora y, para vencerla, se necesita la construcción de fuerza social, contrapoder cívico o, si se quiere, empoderamiento ciudadano, con sus correspondientes instituciones y su coparticipación en las estructuras administrativas y estatales.

Por tanto, el republicanismo, para evitar caer en una normativa solo procedimental, se debe completar con dos condiciones estratégicas: la alternativa sustantiva de una 'democracia social y económica' avanzada, como igualdad fuerte; la conformación de un sujeto transformador autónomo, más allá de la participación electoral. Se trata de superar la concepción 'liberal' (jurídica) de la igualdad y la democracia y no quedarse solo en republicanizar (o democratizar) sino en consolidar las garantías transformadoras socioeconómicas y político-culturales ante los bloqueos del poder oligárquico, tal como desarrollo en *Democracia social hoy* (Ed. Académica, 2016).

Este énfasis republicano es positivo y adecuado al momento reciente, ya que representa el proceso de incorporación de la dinámica de protesta social de los últimos años a las instituciones mediante la conformación de una nueva representación política (Unidos Podemos, junto con candidaturas municipalistas y

confluencias). ‘Republicanizar el populismo’ significaría institucionalizar el movimiento popular para garantizar una gestión pública justa. Así mismo, expresa el cambio de los equilibrios institucionales derivados de la deslegitimación de la clase política gobernante anterior y su sustitución parcial por la nueva representación emergente, particularmente en grandes ayuntamientos, los parlamentos autonómicos y el Congreso de Diputados.

Sin embargo, el 26-J ha demostrado que ese avance democrático-institucional es insuficiente, ha tocado (casi) techo. La institucionalización del movimiento y su amplia base indignada, en gran medida, ya se ha producido y ha señalado sus límites para continuar con el proceso transformador. Es necesaria la ampliación y el refuerzo de la ciudadanía crítica. Se abre un nuevo ciclo largo, con el consiguiente reajuste estratégico y la combinación de las tareas del cambio en los campos sociales, culturales, políticos e institucionales. En ese sentido hay que dar un paso más en la reflexión teórica.

En esta vertiente de estrategia transformadora aparecen nuevas cuestiones. Es acertada la crítica a la valoración marxista rígida del Estado ‘burgués’, como solo un instrumento del sistema capitalista, al que derribar mediante un proceso revolucionario. No obstante, es un error contrario la idea de la separación completa de Estado y estructura económica capitalista. La oposición de intereses se daría en el orden económico capitalista; al mismo tiempo, el actual poder político-institucional, es decir, los modernos Estados occidentales, tendría potencialidades para transformarlo o someterlo. Esa visión de la neutralidad del Estado ante el capitalismo imperante deriva el conflicto sociopolítico de fondo al campo económico, con la idea optimista de un marco político más favorable.

Es verdad que la democracia política y el Estado social y de derecho, incluido las instituciones comunitarias de la UE, son avances importantes, desde los que poder regular el poder económico y financiero, favorecer la cohesión social y combatir la desprotección y

la desigualdad social. La evidencia última, con la estrategia dominante de la imposición de la austeridad, demuestra lo contrario. Pero el conflicto no es solo economía-Estado, siendo éste neutro, sino que el poder oligárquico y las élites dominantes (el sujeto) tienen un fuerte control aunque no absoluto, ya que está condicionado por la pugna ciudadana y los procesos de legitimación social. Pero los poderosos dominan o están imbricados con las estructuras económico-financieras y político-institucionales, aun con la convencional separación de poderes.

Por tanto, en esa posición subyace una idea unilateral: la infravaloración de la capacidad oligárquica del control político-institucional y, por tanto, la necesidad de la transformación (democratización) del Estado y el reequilibrio de poder entre las fuerzas sociales y políticas. El conflicto estrictamente sociopolítico quedaría en un segundo plano, al igual que la construcción de sujetos sociales y fuerzas políticas que condicionan y conforman nuevas capacidades e instituciones. Es un tema ya antiguo, debatido en la vieja socialdemocracia y cierto eurocomunismo, y que al no priorizar el proceso relacional e histórico no superaría el reduccionismo determinista del marxismo-althusseriano.

Voces de otras corrientes marxistas, particularmente, de influencia gamsciana, son más sugerentes, aunque quedan lejos el contexto de la primera posguerra mundial y las estrategias (o metáforas) de guerra de posiciones y guerra de movimientos. El último desarrollo teórico-estratégico, más elaborado, fue el del eurocomunismo italiano de los años setenta con su propuesta de 'compromiso histórico' como acuerdo del PCI con el poder económico y la derecha democristiana para un 'nuevo modelo de desarrollo', que ha terminado con su plena integración en el sistema político. Se puede decir que, desde la vertiente comunista europea, junto con la crisis del marxismo soviético y el estéril determinismo althusseriano francés, en gran medida se agota ahí la reflexión teórica y la

capacidad práctica sobre la transformación sociopolítica, económica e institucional en Europa.

Mientras tanto, el pensamiento socialdemócrata clásico de la segunda posguerra mundial se va deslizando, desde los años ochenta y, más claramente, desde los noventa, hacia el socio-liberalismo o estrategia de tercera vía o nuevo centro. No ofrece una alternativa de cambio. No me detengo en ello.

Las izquierdas transformadoras y las fuerzas progresistas se quedan sin referencias teóricas y estratégicas, realistas y consecuentes, con las que hacer frente a la hegemonía neoliberal y la globalización, en un marco de desactivación del movimiento popular. Al mismo tiempo, aun con amplios procesos de deslegitimación popular hacia sus élites, el poder liberal-conservador dominante impone una gestión regresiva de la crisis socioeconómica y política y una construcción europea autoritaria e insolidaria que conlleva su disgregación. Esa tendencia solo se rompe parcialmente por la experiencia y las ideas provenientes de los nuevos procesos de protesta social y movimientos sociales... hasta la emergencia de la actual dinámica del conflicto social y político, particularmente en el sur europeo, con una dimensión más sistémica y progresiva.

Se pone en el orden del día la prioridad de una reflexión teórica-estratégica, cuya necesidad aparece crudamente con la experiencia griega del año pasado, sobre la que se ha profundizado poco y se han sacado escasas y ponderadas enseñanzas, y que expongo en otra parte (*La estrategia de Syriza a debate*, Ed. Rebelión, 2016). Pero el análisis del marco europeo, el carácter del poder liberal-conservador y la subordinación con matices de la socialdemocracia europea, es fundamental para elaborar una estrategia de cambio en cada país que, necesaria y especialmente en el sur, tiene que estar imbricada con la reforma institucional europea, la solidaridad de las fuerzas progresistas y la construcción de otra dinámica social y económica más justa y democrática. El republicanismo es una buena fuente de inspiración, pero insuficiente.

Carácter ambivalente del Estado y estrategia de cambio

Dos cuestiones son fundamentales para desarrollar un proyecto de cambio sustancial: la caracterización del poder político y la conformación del sujeto de cambio. De ello dependen las estrategias transformadoras, su consistencia práctica y sus bases teóricas.

En primer lugar, hay que partir del reconocimiento del carácter doble (o triple) del Estado democrático europeo: a) instrumento de dominación de una oligarquía económico-financiera e institucional y garantía de la reproducción de su poder y la desigualdad; b) mecanismo de protección y bienestar social con las prestaciones y servicios públicos y expresión de cierto equilibrio social e intergeneracional, junto con instituciones y cauces representativos; entre medio, c) aparato de administración, regulación y gestión más o menos neutras, incluida la seguridad colectiva de la población. A ello hay que añadir, en el conjunto del marco institucional europeo, una mayor autonomía del poder económico-financiero e institucional, representado por Merkel y el Gobierno alemán, con la imposición de una estrategia liberal-conservadora, el debilitamiento de las garantías democráticas y sociales y la cristalización de dinámicas disgregadoras y de subordinación de las capas populares, sobre todo en los países más débiles del sur.

El llamado Estado de bienestar europeo o social y de derecho era el resultado del equilibrio, desigual pero estable, en el conflicto social y político entre las tendencias liberal-conservadoras y las progresistas y de izquierda, en la segunda posguerra mundial. Como se sabe, en cada Estado, especialmente en el sur europeo (por no hablar de la desigualdad mundial), la última característica, social y democrática, se debilita en detrimento de la primera, el poder oligárquico regresivo. En el ámbito europeo (y mundial), asistimos a un intento de consolidación del bloque de poder liberal-conservador con unas democracias débiles y un retroceso de los derechos sociales

y democráticos. Esa involución es doble: socioeconómica y democrática-institucional.

En definitiva, los Estados y el poder político tienen un carácter doble: por un lado, el componente democrático-representativo, incluso el social (con instituciones de protección y bienestar social); por otro lado, su papel como instrumento de poder, dominación y control... de las élites dominantes. La ciudadanía, sus libertades y derechos, y las Constituciones están mediatizados por esa desigualdad de poder. Es un campo fundamental de la lucha política, no solo de la economía o la ideología, como tienden a expresar las posiciones deterministas o idealistas.

Por tanto, es unilateral la idea de no valorar al Estado (en la sociedad y la economía capitalista) como ambivalente, aunque sea democrático, social y de derecho. La posición defensora de su neutralidad es de raíz liberal. La consecuencia es que podría ser utilizado, por igual, por las fuerzas dominantes y por las alternativas. Así, se infravalora la conformación de un sujeto popular de cambio, con autonomía y relación conflictiva con el poder real. El problema es que el conflicto principalmente estaría en las relaciones económicas (y la cultura), no en las estructuras político-institucionales que serían 'vacías' o neutras para utilizar por los distintos agentes. Desde luego, las estructuras de poder local (ayuntamientos...) o de gestión social (servicios públicos...) son más maleables; sin embargo, las grandes instituciones (Gobierno central -alta burocracia y fuerzas de seguridad-, la Troika y el Consejo europeo o el G-20) están muy imbricadas y controladas por los 'poderosos'.

Pero, en segundo lugar, la política (alternativa) no es exclusivamente gestión institucional neutra sino utilización de los recursos e instituciones en favor de las mayorías sociales y, sobre todo, empoderamiento de la ciudadanía, construcción de sujeto popular para condicionar al Estado y, al mismo tiempo, transformarlo. La representación popular y cívica debe aspirar a los dos componentes: mejorar la situación inmediata de la gente, y garantizar

el avance de fondo a medio y largo plazo. Se puede utilizar la convencional expresión democrática ‘desde dentro y desde fuera del Estado’, o si se quiere, desde las instituciones políticas y representativas y desde la ‘calle’ o el tejido asociativo autónomo constituido en la propia sociedad. La sociedad, en gran medida, está institucionalizada, pero hay que distinguir el núcleo de poder oligárquico a cuestionar. El poder no solo es económico, las élites ‘dominantes’ también controlan el poder político-institucional (y el cultural-mediático). La tarea alternativa es la transformación profunda económica y del ‘poder’ institucional, eso sí, conformando amplios electorados críticos y con instrumentos democráticos.

La apuesta por la utilización de las instituciones es funcional con el proceso electoral actual de convertir el movimiento de protesta en electorado indignado y la constitución de una nueva élite representativa y política (Unidos Podemos y los aliados y confluencias), reforzando su gestión institucional y/o desde las instituciones parlamentarias. Era necesario y positivo este proceso complementario de representación institucional del movimiento popular y el conjunto de bases sociales indignadas. Todo ello frente a las tendencias *movimentistas* que infravaloraban esta función básica de la gestión política e institucional. Y también frente a ideas ‘extremistas’ o anti-institucionales, bien desde un pensamiento embellecedor de las potencialidades populares o de cierto marxismo ‘revolucionario’ y su consideración del Estado como Estado ‘burgués’ a destruir por la alternativa de los ‘soviets’, la ‘comuna’ o el ‘empoderamiento individual sin Estado’...

Sin embargo, de esa crítica justa al izquierdismo e idealismo no se puede pasar al embellecimiento del actual Estado y la actividad institucional o, lo que es lo mismo, a la infravaloración de la tarea de la activación popular, con esa combinación que desde décadas tienen los movimientos sociales: activación cívica y presión desde fuera del poder y presencia institucional (incluso con las fórmulas sindicales de cogestión o concertación social).

Hay que superar el determinismo, y también la simple separación de esferas: capitalismo (relaciones económicas de dominación) e instituciones-cultura (Ilustración-Estado de Derecho), a utilizar por la ciudadanía. El análisis de su interacción debe ser concreto. Son fundamentales y positivos muchos aspectos de la Ilustración -incluso del liberalismo político- (por ejemplo, las clásicas libertad, igualdad y solidaridad, aparte de la democracia y el laicismo...). Pero el significado de la heterogénea tradición de la Ilustración es, cuando menos, contradictoria respecto del desarrollo capitalista y la construcción del nuevo Estado liberal o representativo del siglo XIX: tiene puntos de conexión con el poder económico capitalista, aunque también admitan avances sociales y democráticos derivados de las luchas populares (y tuviese el componente antiautoritario frente al Antiguo Régimen). La Ilustración y el derecho también dan prioridad a la propiedad privada, al orden social y económico con subordinación de las mayorías ciudadanas, a la 'estabilidad política' y la responsabilidad de 'Estado'. O sea, son ambivalentes desde el punto de vista de un proyecto igualitario-emancipador.

Por ello, tal como explica otro autor de referencia, Viçens Navarro, insisto en su reforma sustantiva y la 'democratización' del Estado, rehuendo de formulaciones tajantes e irrealistas como la de 'crisis orgánica del Régimen' que puede dar la impresión falsa de un hundimiento inminente y generalizado de la estructura de poder dominante. Se puede hablar de 'crisis', incluso se puede denominar como 'sistémica', ya que afecta a los campos social, económico e institucional. Pero en una acepción del concepto crisis no como derrumbe del sistema o el Régimen, sino como su dificultad para cumplir sus funciones básicas y posibilidad de cambio, en la medida de que se constituyen fuerzas transformadoras.

En realidad, ante la amplia y profunda deslegitimación de la clase política gobernante, por sus políticas regresivas y autoritarias, lo que se ha producido de momento es, sobre todo, la transformación de

la representación política con la expresión institucional de las nuevas fuerzas del cambio. La ‘ventana de oportunidad’ no hay que interpretarla de forma determinista por la apertura o cierre del poder, sino como reequilibrio de fuerzas que abre nuevos procesos transformadores. Es una relación comparativa entre poder continuista y fuerzas del cambio y, por tanto, cambiante.

En definitiva, el nuevo republicanismo institucional es una actualización de un fenómeno que se produjo a finales de los años setenta por el eurocomunismo (enfrentado parcialmente al bloque soviético) y desde finales del siglo XIX por la socialdemocracia en diferentes momentos, con su tesis de la neutralidad del Estado y la incorporación plena a las instituciones políticas y parlamentarias del movimiento ‘obrero’ o popular, con un papel subsidiario.

A pesar de sus limitaciones, las aportaciones de Gramsci sobre la hegemonía cultural y política de las fuerzas populares, que Fernández Liria destaca, podría equilibrar esa tendencia economicista e institucionalista a la vez. Pero, sobre todo, exige un nuevo enfoque sobre el poder y su transformación, tal como refleja esta cita suya: *Sin asegurarse el monopolio del ejercicio de la violencia, la democracia no tiene ninguna posibilidad de hacerse oír* (El marxismo hoy. La herencia de Gramsci y Althusser, 2015: 116).

La dirección de Podemos y sus alianzas se ha legitimado por la construcción de una nueva y amplia representación político-institucional, a partir de un movimiento popular externo y crítico con la clase gobernante y con demandas democráticas y progresistas a las instituciones políticas y económicas. Una vez acabado este ciclo electoral y si, como parece, no consigue conformar un Gobierno alternativo de progreso, se pondrá en primer plano la necesidad de una estrategia de activación cívica y su combinación con la acción política desde las instituciones representativas (parlamentos) y la experiencia gestora en otras instituciones locales y socioculturales. Es decir, desde fuera del gran poder político-institucional y gestor (más si contemplamos el contexto europeo y mundial) y como

condicionamiento a las instituciones. Para ello habrá que reforzar la dimensión democrática o republicana y el carácter social progresivo, en favor de las mayorías populares.

A vueltas con el sujeto (clase o pueblo)

Últimamente se han publicado varios textos sobre este importante tema, entre ellos sobre la aportación de E. P. Thompson y, en otro plano, del propio Viçens Navarro. Para mí esos autores son una referencia intelectual mejor que otras corrientes de pensamiento, relevantes entre gente progresista: socioliberal (Giddens), marxista-determinista (Althusser), culturalista (Touraine), o populista (Laclau). El aspecto teórico y político principal del momento actual es qué tipo y cómo se conforma el sujeto transformador de cambio progresivo, democrático-igualitario. No sé, de seguir viviendo Thompson, cómo habría continuado su labor analítica sobre estas nuevas realidades del conflicto social y político; algunos de sus criterios interpretativos me parecen fundamentales. Por otro lado, en general, estoy de acuerdo con V. Navarro.

Por mi parte, modestamente, he pretendido contribuir a ese debate con el análisis del impacto de la crisis y la austeridad en las capas populares, la experiencia cívica del conflicto social en España y los conceptos de resistencia cívica, ciudadanía activa, movimiento popular progresista y corriente social indignada para interpretar este proceso de cambio social y político, hasta llegar al fenómeno (Unidos) Podemos como expresión del cambio político-electoral-institucional. Ello me ha llevado a explicar los límites e insuficiencias de las teorías convencionales sobre los movimientos sociales, los determinismos (economicista e institucionalista) y el discurso populista. En total, desde el 2008, con el comienzo de la crisis y la indignación cívica, he publicado siete libros; los últimos 'Movimiento popular y cambio político' y 'La democracia social hoy'. En camino va otra contribución

a un libro colectivo (con otros autores, entre ellos, Santiago Alba), sobre la construcción del sujeto -clase o pueblo- en este siglo XXI.

Pues bien, el hilo conductor es ese análisis histórico-relacional de la conformación del sujeto de cambio en España (en el marco del sur de Europa y la UE), de la actitud y las capacidades transformadoras de las fuerzas sociales y políticas en presencia. En su definición como sujeto colectivo introduzco dos elementos clave de la reciente experiencia popular y sus demandas: democratización y carácter social o igualitario. Pretendo superar así la ambigüedad del populismo, realzando el carácter sustantivo ‘progresivo’ del sujeto comprometido con el cambio. Dicho de otra forma (y es precisamente uno de los -escasos- puntos débiles del artículo sobre la clase trabajadora de V. Navarro y algunos analistas), no hay que confundir ‘gente trabajadora’ desde el punto de vista sociodemográfico o de estatus económico y sujeto sociopolítico (clase o pueblo), como actor en un determinado contexto y significado. Hay que rechazar el mecanicismo y el idealismo; lo principal, como decía Thompson, es su ‘existencia’, su comportamiento, su experiencia y su orientación; en este caso, necesariamente democrático y además, sin subsumir en lo anterior, lo igualitario. O sea, el objetivo de la igualdad social (no solo jurídica, nacional o de los derechos civiles) tiene un estatus y una autonomía similar a la democratización (incluido el tema de la plurinacionalidad), y no se deriva de ésta (aunque sea radical), como pretende el populismo, que sobrevalora la ‘lógica’ política de la polarización e infravalora los valores e intereses de la igualdad, la libertad o la solidaridad.

Por tanto, ‘trabajadores y trabajadoras’ (asalariados, precarios, parados, inactivos subordinados o clases medias, etc.), pueden (de hecho llevan más de dos siglos) apoyar a la derecha, al centro, a las izquierdas, al fascismo o a populismos y nacionalismos diversos y antagónicos. No ha habido históricamente ni hay una posición homogénea de ‘clase’ o de ‘pueblo’, ni una hegemonía total (salvo en las ensoñaciones del etnopopulismo xenófobo o el marxismo soviético

antipluralista). Hay que superar el esencialismo o el determinismo pero también el idealismo discursivo, y reconocer la pluralidad existente de conflictos y legitimaciones.

El objetivo, desde una posición ética emancipadora, es, pues, conformar un sujeto colectivo progresivo, democrático-igualitario, con una amplia base popular y partiendo de sus condiciones materiales, sus demandas, su cultura, su articulación asociativa, política e institucional y su experiencia sociopolítica. El ciclo largo (crisis, indignación, protesta social y nueva representación político-institucional) parece que ha tocado (casi) techo. Comienza otro ciclo que hay que saber interpretar y combinar esos recursos y dinámicas. Junto con más democracia la otra pata es mejorar la situación real de la gente: terminar con la austeridad, avanzar en una democracia social y económica y promover una Europa más solidaria. Y, al mismo tiempo, ampliar las bases sociales de apoyo a ese proyecto transformador, fortalecer la activación y la participación popular y cohesionar su representación social y política. Es decir, dar un nuevo paso en la conformación del sujeto de cambio, con una perspectiva a medio plazo.

El 26-J nos ha proporcionado una nueva realidad de los equilibrios de fuerzas, ha dejado al descubierto deficiencias analíticas, políticas y teóricas, y es necesaria la adecuación del proyecto de cambio. No es un debate solo teórico sino, sobre todo, estratégico y político, y afecta a la legitimidad de las distintas élites asociativas.